

# La Espera

16 Junio 1917

Año IV.—Núm. 181

ILUSTRACION MUNDIAL



CÁMARA-FOTO

UN TALLER DE HILANDERAS, cuadro de Díaz Oiano, que figura en la actual Exposición Nacional

DE LA VIDA QUE PASA

## LAS SUPERSTICIONES DE LAS TRINCHERAS



Soldados de Caballería inglesa conversando durante un alto en la marcha

FOT. TRAMPUS

Guillermo Apollinaire ha contado en el *Mercurio de Francia* algunas de las supersticiones de las trincheras. ¿Quién es Guillermo Apollinaire? Muchos de los lectores lo sabrán. Para los que no lo sepan diré que es un literato y erudito francés, colaborador asiduo del *Mercure*, la revista joven por excelencia de Francia, aunque ha muchos años que se publica, pues la juventud espiritual no está en los años, sino en la originalidad, en la lozanía y en la capacidad para apreciar lo nuevo. La sección que cultivaba en el *Mercurio Apollinaire*, *La vie anecdotique*, explica bien que se haya dedicado a recoger las supersticiones de los soldados. Las supersticiones se traducen en anécdotas, en casos que corren de boca en boca y que entran a formar parte del nuevo caudal folklórico, de lenguaje, de creencias, de preocupaciones populares que está creando el contacto de tantas gentes de provincias y naciones diferentes, en los campos de batalla.

Estas supersticiones de la guerra no las ha aprendido Guillermo Apollinaire tranquilamente en su biblioteca, por cartas de amigos, sino sobre el terreno, alternando con los *poilus*, y no como investigador de curiosidades, sino como compañero de armas, cabo ó sargento de artillería, si mal no recuerdo. En el admirable esfuerzo de Francia, que iguala a las jornadas épicas de la Revolución y asombra a los mismos enemigos, que la juzgaban una nación decadente ó corrompida, Bizancio ó Roma, presa de los bárbaros, todo el mundo ha ido a la guerra, hasta los hombres pacíficos acostumbrados al silencio de las bibliotecas y a la muda conversación con los libros. El *emboscado* es objeto de desprecio. Las letras han dado ya su copiosa contribución de sangre en los campos de la Champaña, del Artois, de Lorena.

ooo

Las supersticiones de las trincheras son, generalmente, augurios de muerte, cosas que traen mala sombra y que es preciso evitar. La muerte está presente y próxima, a todas horas, entre los combatientes; circula entre ellos. A cada instante puede poner en la frente de un hombre joven y lleno de vida el ósculo frío de sus desposorios. No es extraño que las nuevas supersticiones militares se refieran a la Muerte.

Una de las más extendidas es la de la cerilla de los tres cigarrillos. Hay que guardarse de que una cerilla sirva para encender sucesivamente tres cigarrillos: uno de los fumadores perecerá en breve. Se refieren casos de desesperación ó de descuido que fueron seguidos infaliblemente del fatal desenlace. Hombres consagrados al peligro, prevenidos por la cultura muchos de ellos contra estas invasiones del viejo temblor supersticioso, han de experimentar muchas veces la tentación de desafiar la amenaza del augurio. Es fácil figurarse la escena. En un momento de descanso tres oficiales se disponen a encender el cigarrillo que quizás les ha enviado una madrina desconocida. «Tira esa cerilla—dice uno de ellos al tercero—; ¿no ves que hemos encendido ya dos?». El que habla así ha salido del pueblo, vino de las campañas de la Normandía, ó de la Borgoña, y la guerra, que ha devorado las oficialidades profesionales y creado una oficialidad nueva, democrática, como la de los ejércitos de la Revolución, le ha hecho teniente ó capitán. El tercero es un muchacho joven, educado, un politécnico ó un saintcyrén, un oficial de Academia. Va a tirar la cerilla. Pero en seguida piensa que será una muestra de pusilanimidad, de preocupación. «¡Bah! ¿Quién cree en esas cosas?», dice, y enciende reposadamente el pitillo, apurando la cerilla hasta el fin. A la noche siguiente, ó al otro día, el joven oficial, en un reconocimiento, cae muerto, con un balazo en la frente. Sus dos compañeros, al saberlo, se miran graves, y el cuento corre por la compañía y por el batallón y consolida aquella creencia, que nadie sabe de dónde vino.

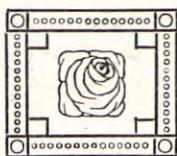
ooo

Otra superstición muy extendida es la del *autobús*. Esta pertenece al dominio de los Sueños, dilatada provincia del reino de la Superstición. Cuando un soldado sueña con un *autobús*, con un automóvil grande de viajeros, es señal de que va a morir en breve. Hay quien no ha visto nunca un *autobús*, por venir de los campos, y, sin embargo, sueña con él ó con algo parecido. A veces, la imagen del ensueño es confusa, deja dudas sobre si será el *autobús* misterioso ó será otro camión, acaso un *tanque* guerrero, y es gran descanso para el soldadito que ha soñado, que algún buen amigo a quien se confió, le convenza de que lo que ha visto en sueños no ha sido un *autobús*.

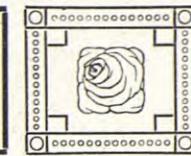
El catálogo de las supersticiones de la guerra y su cotejo con el folklore anterior de las diversas regiones de Francia y de las otras naciones que pelean a su lado, sería curioso. En cuanto a la formación de esas supersticiones, brinda materia para un estudio interesante. El ambiente moral y hasta fisiológico de la guerra es propicio para la superstición, como para todas las reacciones primitivas: los nervios están excitados, el sueño es irregular y, a veces, insuficiente; las fuerzas psíquicas están en tensión. En la superstición, como en todas las cosas, el origen es misterioso y obscuro.

¿Cómo nace? ¿Quién fué el primero que creyó que era de mal agüero encender con la misma cerilla tres cigarrillos, y por qué? Después de este momento, la marcha de la superstición se ilumina y se ofrece a la observación. La superstición es una cosa que se cree por muchos, que circula con la autoridad de un convencimiento, irrazonado, pero general. «Dicen que...» «Cuando lo dicen...» Luego viene la comprobación de la experiencia. Se cuentan los casos en que se cumplió el agüero: el soldado muerto que había soñado días antes con el *autobús*; el tercer fumador que sucumbió a poco. ¡Autoridad, experiencia! La ciencia humana se ha construido, durante siglos, sobre estos dos fundamentos de la superstición en las trincheras. Lo que no considera el vulgo ingenuo es que esta experiencia es una experiencia irregular que no registra más que los casos afirmativos, porque son los que hieren las imaginaciones, y que aquella autoridad es irracional y anónima. No hay que sorprenderse de que sean muchos los casos en que la superstición parezca acertar. La muerte es un fenómeno ordinario, constante. Un voluntario norteamericano ha hecho un cálculo humorístico de la vida media probable de un soldado en las trincheras de primera línea, en el servicio de ametralladoras, en la aviación, etcétera. Las cifras son para espantar a una Compañía de Seguros. Dos meses y medio, siete semanas, treinta y tantos días. Y lo maravilloso es el valor sereno con que, el que ha soñado con la muerte, cumple con su deber sin desmayo, como el héroe antiguo que vió alzarse contra él un Hado inflexible.

E. GOMEZ DE BAQUERO



## Los misterios de la Luna



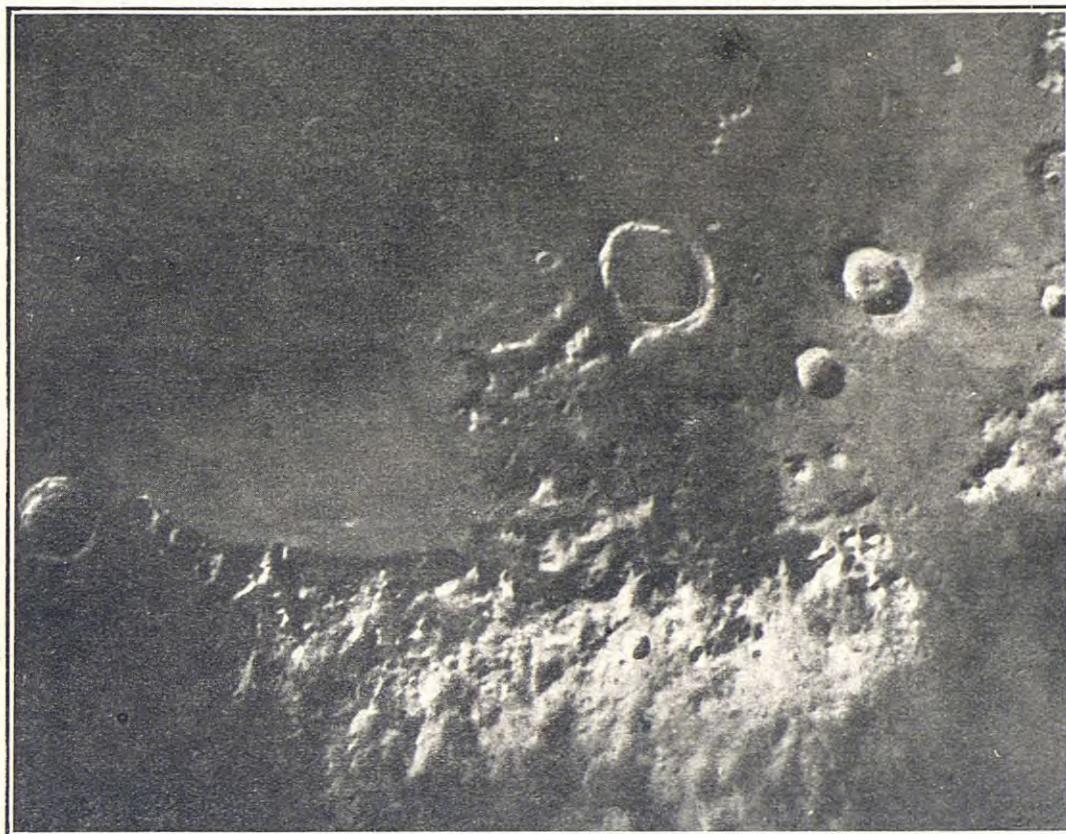
A parte puramente descriptiva de la geografía lunar es tan conocida de los astrónomos ó más, quizá, que muchas regiones de la Tierra para los geógrafos. En tal concepto, y dada su proximidad, pudiera considerarse como una provincia de nuestro mundo.

El aspecto del suelo en el satélite de la Tierra es extremadamente accidentado. Bien lo muestran los dos fotografiados que acompañan á estas líneas. Los dos son fieles reproducciones de los clichés obtenidos con la gran ecuatorial de Monte Wilson, en los Estados Unidos de América. En el que se representa la gran cordillera de los Apeninos lunares, enorme macizo con que termina el cuerno superior de los crecientes, se destaca, á la derecha (del grabado), una gran llanura denominada Mar de las Lluvias; á la izquierda, el Mar de la Serenidad, y limitando el macizo montañoso, por la parte superior, el Mar de los Vapores. Más arriba, y á la derecha, comienza el Mar de los Humores.

El segundo grabado representa el borde occidental de los crecientes. En él, y de arriba hacia abajo, en el Mar de la Fecundidad, se destacan, como escollos, los cráteres llamados de Petavio, Vendelino y de Langrenio. Toda la región inferior del grabado la llena la planicie denominada Mar de la Tranquilidad, y por la región superior y de la derecha se dibuja una pequeña ensenada ó rincón, que es el Mar de los Néctares.

Como fácilmente se advierte en ambos grabados, las montañas de la Luna afectan una forma próximamente circular, en cuya región central una nueva depresión se dibuja por modo indubitado. Su forma es de cráteres volcánicos, y, dentro de ellos, se advierte en algunos una nueva elevación ó pequeña montaña. En el de Tycho, son varias las elevaciones del interior del cráter.

Las montañas lunares alcanzan grandes alturas, que se han medido por la longitud de las sombras que proyectan, y que bien se advierten en los grabados. Los montes lunares más altos son los de Seibnitz y Doerfel, que miden, respectivamente, 7.610 y 7.603 metros.



Apeninos lunares y Mar de las Lluvias

Es verdad que en nuestro mundo existen mayores elevaciones del terreno. El pico de Sanrisankan, en la cordillera del Himalaya, se eleva á 8.837 metros sobre el nivel del mar. Y recordando que otro tanto marcan las mayores profundidades del mar, se duplica esta elevación al hacer caso omiso de las aguas, que es como apreciamos la altura de los montes lunares. Pero todavía, habida cuenta de la pequeñez

del astro con relación á nuestro mundo, resultan las de aquél más elevadas, puesto que representan un cuatrocientos setenta avos del diámetro lunar, mientras que las de la Tierra no llegan, ni con mucho, á la milésima parte del diámetro terrestre.

Lo verdaderamente notable de las montañas lunares, y en eso sí que dan enorme ventaja á las terrestres de la misma forma, es la amplitud de los cráteres. El monte Huygens, de los Apeninos, tiene, de borde á borde, unos 210 kilómetros; 200 el llamado Schickard, y 150 el de Petavio, que se representa en el segundo grabado donde aparece el borde occidental de la Luna.

En el grabado que representa los Apeninos lunares bien se advierten las hendeduras que en el paraje representado por la fotografía que nos ocupa se extiende hasta unos 150 kilómetros, en forma de río, cuyos brazos se bifurcan caprichosamente. Son hondas ranuras que aparecen negras en el grabado y que sólo se iluminan cuando la luz solar cae normalmente sobre el suelo é ilumina el fondo de la sima.

Los bordes de los cráteres, donde la luz solar da la sensación del relieve, muestran con suave pendiente hacia el exterior, pero derrumbados y cortados á pico en la parte interna. Mirando con lentes esta región, se advierten los escombros que al pie de estas murallas depositaron los enormes cataclismos que, sin duda, tuvieron su asiento en el suelo de la Luna.

De ésta nos llegó la primera luz que había de iluminar el cielo astronómico, antes que la curiosidad científica escudriñara los planetas, primero, y el mundo estelar, después.

Y así como los griegos, para mostrar la rancia estirpe de su progenie, suponían á sus primitivos progenitores nacidos en el Sol, y los de Delfos creían haber llegado á la Tierra después del Diluvio, los naturales de la Arcadia se denominaban á sí mismos *proselenes*, ó nacidos antes que la Luna existiera.

RIGEL



Borde occidental de la Luna y cráteres notables

## UN RÉGIMEN



LAMARA-FD

No sé si fué en Pau ó en Biarritz donde encontre, hace pocos años, á la interesante pareja de que voy á hablaros. Ella era una hermosa mujer, elegante, vehemente, que llevaba con gracia infinita sobre los hombros un abrigo de pieles raras, y que cubría su gentil cabeza con los más lindos sombreros que han salido de manos de modista. El era un caballero aburrido, lo que es el mejor estilo de la nueva caballería, que se pasaba la vida fumando cigarrillos egipcios y abriendo la boca. Emblema del tedio, ni siquiera se había enterado de que su mujer era un encanto.

La dama del gentil abrigo me dijo que estaba enferma, y que su esposo lo estaba también. Se amaban, tenían gustos similares: el campo y la música. Eran ricos. Ella había sido educada por una institutriz inglesa. El había estado en un colegio alemán. Conocían varios idiomas. Aficionados á la lectura, coincidían en los autores de su predilección. Si los ángeles, que acaso están destinados por Dios á enlazar varones y hembras de modo que se junten los que deben juntarse, hubieran dedicado sus mejores momentos de trabajo á la santa obra, base de la felicidad social, no dejaran de apuntarse este acierto. La dama mordía sobre sus hombros torneados la *pellisse* con inquietud. El caballero tiraba los cigarrillos apenadas encendidos. «Mira qué bien dice esto Pierre Loti—exclamaba la señora, pasando el libro á su marido—. No cabe nada más lindo.» Y él recibía el libro, besaba el dedo que se había puesto sobre la línea como un pajarito sobre una flor, y, después de leer, contestaba: «Es bellísimo.»

Y así la vida... Pero aquella dama elegante y hermosa estaba triste. Y aquel caballero elegante y gentil, estaba triste también.

«Por qué?... Quise saberlo. No me fué difícil. Aquellos esposos estaban separados por un dictamen médico. Situación extraña, pero muy moderna. Ella, la dama de la inquieta *pellisse*, recibía los consejos higiénicos de un especialista famoso. El, el hombre de los bostezos, los recibía de otro. A la señora le había recomendado su médico el régimen del sol. Al caballero le había recomendado su doctor el régimen de la sombra.

Ella debía comer vegetales, beber agua alcalina, tomar té dos veces al día, levantarse tarde, permanecer largas horas tendida en una *longue-chaise*, exponer al fuego del astro del dia sus divinos hombros, de modo que fueran ellos tomando un color ambarino. El debía huir de la luz, pasear largamente por los húmedos bosques, comer carne sangrienta, estimulando el torpe apetito con mostaza, beber cerveza negra, bien fermentada, absorber tres tazas de café denso, permanecer de pie todo el tiempo que sus músculos lo consintieran.

Bien comprendió la fina espiritualidad de la esposa que la total divergencia de los regímenes médicos iba á ser una causa de contradicción. Quiso que los dos facultativos se reunieran para ver si había acomodo entre los dos sistemas. No fué posible. Los dos sabios mantuvieron íntegros sus principios, como dos médicos de Molière. Fué preciso resignarse.

El amor buscó soluciones. Seis meses del año la esposa seguiría su plan, y otros seis meses quedarían ambos sometidos al plan del marido. Fué la lucha del sol y de la sombra, trágico tema de las viejas literaturas y de los modernos espíritus.

Pero en el tiempo en que ella estaba privada de su régimen, la enfermedad—ó la imaginación, que es la más grave de las enfermedades—la invadía y los nervios se exaltaban. Las noches de insomnio seguían á los días de excitación. Y cuando el enamorado de los bosques sombríos estaba en el Mediodía de Francia ó en la Cornisa de Italia, sentía los labios secos, los pulmones congestionados, el pulso inquieto, la vista fatigada.

Cruzábanse miradas singulares entre los esposos. El amor los había unido, pero la salud los separaba.

Llegó un día en que se pusieron de acuerdo. Vino la separación científica. Seguían ellos amándose; pero, por lo mismo que se amaban, debían ir á buscar cada uno lo que le hacía falta: él, la sombra; ella, el sol.

Fué una despedida tierna, con lágrimas, con besos. Salieron de la misma estación ferroviaria. El se fué á Escocia. Ella se fué á Niza.

Y así permanecieron largo tiempo. Las cartas menudeaban. «¿Cómo estás? Yo mejoró. El sol me da fuerzas para amarte en un indefinible abrazo de pasión...» «Oigo en esta sombra mágica el ave que canta enamorada, y echo de menos nuestros díos de amor. Cada día estoy más fuerte. Piensa en el solitario triste que anhela el encuentro con su amada.»

El sol hizo su obra; la sombra hizo la suya. «Es tan aburrida la existencia en un sanatorio?... Ella necesitaba comunicar sus impresiones con alguien, y un día, sin darse cuenta exacta de lo que hacía, trasladó el volumen de Loti, que leía, á un joven que estaba cerca, tomando el baño de sol, y le dijo. «¿No le parece que esta frase es encantadora?» El mozo elegante que recibía en su cuerpo los rayos fundentes de la luz solar, miró á la dama, cogió el libro, sobre el que el dedo sonrojado apuntaba la línea favorecida por la atención, y besó ese dedo. Ella le retiró asustada; pero el beso quedó allí, en la carne flébil, aumentando el efecto medicamentoso del régimen.

El amante de la obscuridad halló, en uno de sus paseos, á una dama sueca que vivía en la amargura de sus desilusiones. Leía los poemas de Osian; era, tal vez, la postrera lectora del cantor de Morben. Una tempestad les antecogió en una de sus expediciones por la montaña. El caballero amparó á la dama con sus brazos en el difícil camino. Las manos se unieron. Despues se juntaron los labios.

Ya fueron menos frecuentes las cartas entre los esposos. Un año más tarde, sólo se comunicaban ellos por medio de su apoderado. Acabaron por no tener otro vínculo que la cuenta anual de sus rentas, que les era enviada y que ellos firmaban sin mirarla.

Dos almas se habían separado para siempre. Y los médicos que habían originado aquel divorcio siguieron viviendo en la reputación universal. Porque es lo cierto que habían salvado de la muerte á dos enfermos, pero habían separado á dos esposos.

J. ORTEGA MUNILLA  
DIBUJO DE PENAGOS

LA ESFERA  
PÁGINAS POÉTICAS



**GARRULO DISCUTIR**

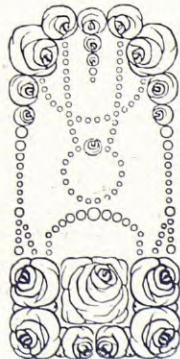
La razón me lo explica:—«La muerte... ¿qué es la muerte?  
Transformación somática, mudanza de energías;  
pasar en un instante de lo activo á lo inerte  
y dormir confundiendo las noches con los días...»—

La religión me arguye:—«El alma sobrevive;  
la muerte es pasajera. ¿Por qué te añas tanta?  
¿Tu corazón creyente acaso no percibe  
un mundo todo lumbre? ¡Rie, seca tu llanto!

No des á los filósofos materialistas crédito.  
Compensación de siglos tendrán nuestros tramojos  
—de un capital audioso al fin seguro rédito...»—

Y mientras oigo, incrédulo, tanto charlar vacío,  
en la sombra me miran con fijeza unos ojos,  
unos ojos de acero que acusan y dan frío...!

DIBUJO DE BARTOLOZZI



**A LA MUERTE DE UNA ACTRIZ**

¡Muerta! Hermosura, juventud, riqueza...  
son putrefacta rigidez. Su boca  
—de agridulce frescura de cereza—  
á los gusanos ávidos convoca.

Aplausos de la escena fugitivos  
que arrullaron tu oído, ya no suenan,  
y los que fueron de tu amor cautivos  
en inútil llorar se desenfrenan.

Lugar común que siempre se renueva  
cuál Mayo mustio que florece luego:  
—muerte! De vida la patente prueba.

Saldo ruin de ambiciones y trabajos,  
ruido vano que trúeçase en sosiego:  
una piedra, una cruz y unos hierbajos!

Emilio BOBADILLA  
(«Fray Candil»)

LA ESFERA

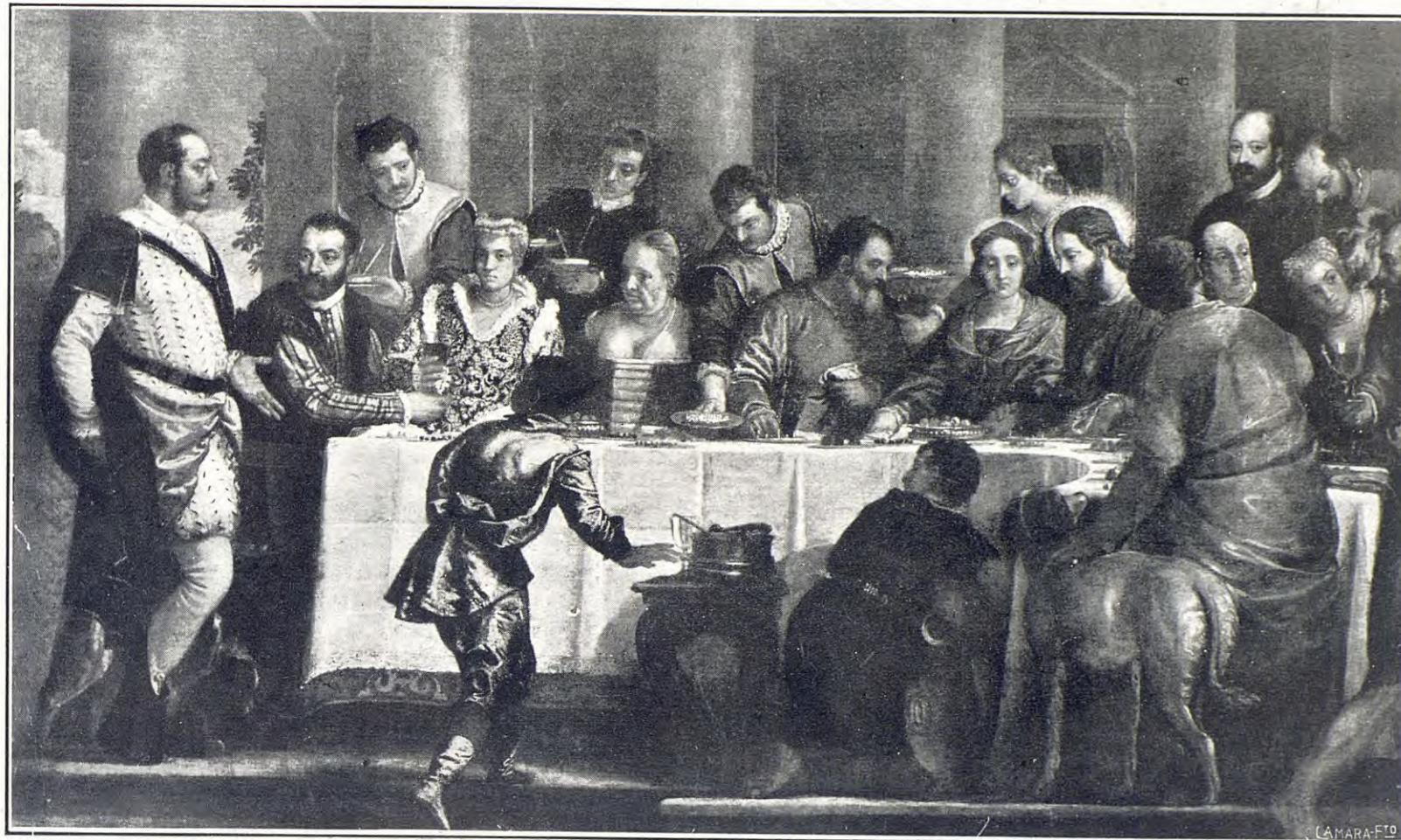
# LA PRIMERA VERBENA...



La verbena de San Antonio de la Florida, en tiempos de Goya

DIBUJO DE R. MARÍN

## LO GROTESCO EN LA PINTURA



"Jesús en las bodas de Canaán", cuadro de Veronés, que se conserva en el Museo del Prado.—(El bufón apenas si alcanza á la mesa)

Con un volumen de cientos de páginas podría componerse con las razones y aun con las sinrazones que en todo tiempo inclinaron á los artistas á la reproducción ó á la invención del grotesco.

Esta inclinación de los grandes artistas por lo grotesco ha dejado huellas en todas las artes; en numerosos cuadros de pintores del siglo XVI y del XVII, aparecen tipos más ó menos extraños. Así la estatuilla egipcia del museo de Boulacq, encontrada en la necrópolis de Sakawah; igualmente la enana, del propio museo, descubierta en un bajo relieve, los enfermos encontrados por Maspero en las pinturas que ornaban las tumbas de los reyes egipcios.

Los egipcios tenían entre sus dioses dos grotescos: el dios Ptah y el dios Bes.

La fábula de los pigmeos ha dejado en el arte antiguo numerosas huellas.

En Roma, la moda de los enanos estuvo muy arraigada.

En la Edad Media raro era que un gran señor no tuviese un enano ó, en su defecto, un bufón.

A partir del Renacimiento, son numerosos los cuadros que reproducen la figura de un rey ó de un príncipe, y á un lado la de un enano contrahécho ó deformé.

Se ve á estos mismos seres en los cuadros que representan un cortejo, un triunfo ó un festín.

En el retrato del conde Thomas Arundel y de su familia (existente en la Pinacoteca de Múnich), Rubens pintó un notable tipo de enano de cráneo estrecho, boca enorme, larguísimos brazos y piernas cortas.

Van Dyck perpetuó en uno de sus lienzos dos enanos de la Corte de Inglaterra. El primero de ellos, Gilson, volvió á ser pintado por el mismo artista en otro lienzo, en unión de Anne Shepherd, su esposa, enana también y al servicio de la reina Enriqueta María, como Gilson lo estaba al del rey Carlos I. En otra tela, el propio Van Dyck pintó también al segundo enano Jeffrey al lado de la reina.

En el cuadro de Van der Venne titulado *La pesca de las almas*, se ve un enano grotesco con traje muy presumido.

Veronés pintó no pocos de estos desdichados: en las *Bodas de Canaán*, el enano apenas alcanza la altura de la mesa; vestido con sumptuoso traje, tiene en la mano un loro; sus piernas arqueadas soportan un abdomen que no lo merece su estatura; el monstruo favorito de Asuero en *El desvanecimiento de Ester*, es hidrocefalo y corto de talla. Los enanos de Moisés salvado de las aguas, del Museo del Prado de esta corte, el del *Hallazgo de Moisés* en el Museo de Dresde y el del *Banquete de la casa de Leir*, del Museo de Venecia, prueban que el maestro gustaba mucho de mezclarlos en las

grandes escenas que pintaba, buscando que, por ley de contraste, aparecieran embellecidas las figuras normales.

La escuela española es rica en producciones de este género.

Por lo conocidos, haremos especial mención de los enanos de Velázquez.

En los frescos del Escorial, que reproducen la *Rendición de San Quintín*, Giordano, discípulo de Ribera, pintó un enano guerrero. Carreño de Miranda nos legó la *Monstruosa*.

Uno de los lienzos más bellos de la Escuela holandesa representa al enano Brusquet, famoso enano que brilló y triunfó en la Corte de Enrique IV. Tanto este retrato como el del bufón Pijeron, son dos felices obras de Antonio Moro.

El arte moderno cuenta con pocas obras de esta índole.

¿Se concibe hoy que persona de buen gusto tuviese, como elemento decorativo, en un salón, el retrato de un jorobado astroso, lleno de harapos y de suciedad, vendiendo décimos de lotería ó implorando una limosna?...

La desgracia de aquellos seres deformes en siglos pasados no siempre era tal desgracia, y muchas veces les sirvió para hacer su suerte. Además, á las burlas que habían de sufrir solían replicar con injurias y sarcasmos impunemente.

Hoy, los seres á quienes Naturaleza dió grotesca envoltura, siguen siendo mirados impátramente por el común de las gentes, por el vulgo grosero y mal educado, con burlona sonrisa, y en cambio, sólo pueden oponer un mohín de resignación.

Por eso el Arte los olvida hoy. Porque el Arte, todo grandeza, sólo inspira á los pinceles para idealizar ó para engrandecer. Y hoy, lo único que el Arte haría reproduciendo sus desmedradas y contrahechas figuras, sería humillarles.

Y el Arte, si por algo puede atribuirse esencia divina, es porque engrandece lo humilde, y puesto á escarnecer, sólo escarnece la soberbia.

E. GONZÁLEZ FIOI.



"Don Antonio, el Inglés", cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

## CUENTOS ESPAÑOLES



## Los viejos de la fábrica

**L**A dirección de *La Invencible*, antigua fábrica de hilados, transmitíase de padres á hijos, y á ninguno de sus directores se le pasó por el magín introducir reformas en la maquinaria, ni mejorar los procedimientos implantados desde la fundación de la fábrica.

Todo lo cambia y transforma el tiempo, y en nuestra época nada se resiste al incesante y formidable empuje del progreso: otras fábricas, más atentas á la realidad de lo presente que al recuerdo de lo pretérito, adoptaban cuantas innovaciones y adelantos se ofrecían en la Filatura, y sobre aumentar la producción, la mejoraban, abaratándola hasta el punto de hacer imposible la competencia mercantil.

Corriánse inquietantes rumores acerca de *La Invencible*, que, como todo organismo que no se renueva, amenazaba extinguirse por consunción.

Entre los obreros susurrábase que no tardaría mucho tiempo en cerrarse, y al decirselo, se miraban los unos á los otros, asomando á sus pupilas la vislumbre de una inquietud angustiosa que resultaba trágica en los más viejos, que habían entrado casi niños en la casa. ¿En qué otra iban á recibirlos, hechos ya unos guñipos, torpones, decrépitos, inútiles para el trabajo?...

La gente moza acogía el pavoroso runrún sin tanta emoción ni sobresalto. Tenían plena con-

fianza en lo porvenir: eran fuertes, ágiles, y fácilmente encontrarían otro acomodo, tal vez más ventajoso...

Pero, los viejos...

¡Qué terrible desilusión la suya al ver desvanecerse, al soplo de la fatalidad, las fundadas esperanzas que pusieron en acabar sus días en la misma casa donde trabajaron siempre, y que el sueño del cual no se despierta nunca lo acompañaría la canción de aquella maquinaria, como ellos vieja y caduca que, durante años y años, toda la vida, sonó claramente en sus oídos como el cantar de un camarada bullicioso.

Conformes en que había en esto una nota sentimental, ¿quién lo duda?... El cariño, la gratitud hacia el sitio en que ganaron su pan y el de los suyos, originaba estas románticas imaginaciones en los de sensibilidad tierna; pero todos los viejos preguntábanse con voz lacrimosa:

«¿Qué va á ser de nosotros si cierran la fábrica?...»

Anteveían la amargura de tener que vivir á expensas de sus hijos, de sus nueras ó yernos, gente ruda, que carecía de la delicadeza de alma precisa para saber callarse el bien que se hace al prójimo; por el contrario, en pregonarlo á todos los vientos, ponderando la merced que otorga

y el sacrificio que se impone, encuentra inefable satisfacción.

Los que no contaban con parentela ó vivían solos, já pedir limosna!, ó á morirse, poquito á poco, en el encierro misericordioso, pero frío, como todo lo que ofrece la caridad reglamentada, de un asilo ó de un hospital.

¡Horroroso!...

Una tarde visitó la fábrica un *mister* joven, alto, rubio, completamente rasurado, de ojos azulencos y encendidas mejillas, serio hasta la antipatía, activo hasta la caricatura.

Acompañábale don Lucas, el dueño de *La Invencible*; despaciosemente ibale enseñando las máquinas y la labor que producían.

El extranjero fijábbase en todo con azorante imperturbabilidad, sin que ningún músculo de su cara se contrajera ni sus labios modularan algún sonido.

A su paso, los obreros enmudecían y mirábanle de reojo, con mal disimulada hostilidad, como si presintieran un enemigo.

El corazón no les engañaba: días después de tal visita, al pagarles don Lucas el sábado, les notificó, realmente conmovido, que para evitar el cierre de la fábrica en plazo no muy lejano, había vendido á una poderosa Compañía ingle-

sa, cuyo representante, el susodicho *mister*, empezaría á ejercer las funciones de director el lunes inmediato.

El que más y el que menos tenía la mosca á la oreja, es decir, esperaba un notición desagradable á propósito de *La Invencible*, y, sin embargo, todos, al oír á don Lucas, quedaron estupefactos, anonadados, y al estrechar entre sus manos callosas las suaves y delicadas del que hasta entonces había sido su patrón, y que con sincera cordialidad se despedía de ellos llamándolos sus inolvidables camaradas, no hubo quien no sintiera algo así como si le apretujaran el corazón y la garganta, nublándosele los ojos.

\*\*\*

En aquella tardecita plácida y luminosa, en que el sol, como hostia roja, hundíase entre nubes de oro y de púrpura, tardaron mucho tiempo en llegar á sus lares... Sentían un doloroso azoramiento en volver á sus pobres viviendas, y procuraban retrasar el instante de dar la desconcertadora noticia, junto con el puñado de plata del jornal, á la madre, á la mujer ó á los hijos.

Tal vez fuese este dinero el último que recibieran de *La Invencible*... No había para qué forjarse ilusiones respecto á salir beneficiados con el cambio de patrón, aquel inglésote altanero, frío y antipático que sustituía al buenazo de don Lucas.

Los más pusilánimes formaban grupos y entraban en las tabernas para cobrar ánimos; los demás seguían su camino pausada, lentamente, deteniéndose á cada paso, sin cesar en la letanía de tristes presunciones que, adueñándose del espíritu, le anegaban en negrura, poniendo en el alma acongojadora inquietud.

\*\*\*

Reanimóse algo el espíritu de los obreros al advertir que en la primera semana no era despedido ningún compañero, ni el nuevo director oponía

nía el menor reparo á la faena; únicamente encontraban molesta su incesante vigilancia, pues ni un solo momento abandonaba las naves en las horas de trabajo.

El sábado, por la tarde, según costumbre, fué llamado el personal á la Dirección para cobrar la semana.

Terminados los pagos, el *mister*, puesto en pie ante su bufete, se encaró con el grupo que, á instancias suyas, aguardaba en actitud silenciosa, triste, de mortal inquietud, grupo en el que dominaban las cabezas canosas.

Y habló el inglés para manifestarles, en un castellano pintoresco, pero expresado con la frialdad del que relata algo «pro fórmula», que sentía mucho verse obligado á prescindir de los servicios de los bravos luchadores que le escuchaban, especialmente de los que habían encanecido en *La Invencible*. El Consejo de Administración de la Compañía, en cuyo nombre hablaba como su mandatario, ordenáble, precisa y terminantemente, que eliminara cuantos elementos se consideraran inadecuados al nuevo régimen que iba á establecerse en la fábrica, donde se imponían reformas radicales, lo mismo en el personal que en la maquinaria.

\*\*\*

La respetuosa solicitud que el personal en masa dirigió á la Compañía para que volviera á recibir á los obreros despedidos, fué acogida por el joven *mister* con un desdénoso encogimiento de hombros.

Se declaró la huelga, y, por vez primera en más de medio siglo, cesó de resonar en *La Invencible* la canción del trabajo, y las formidables chimeneas rojas no se empacharon con el denso humo que salía de sus negras bocas.

Los huelguistas estaban decididos á mantener el paro hasta que se aceptara su proposición; era

su arma más poderosa, la que les proporcionaría el triunfo: al defender á los viejos, á los valetudinarios, defendíanse para lo porvenir los jóvenes y vigorosos.

Para tomar acuerdos y mantener la solidaridad necesaria, reuníanse á diario los huelguistas.

Al caluroso entusiasmo de las primeras reuniones, siguióse en las sucesivas el desaliento, la zozobra de hombres en cuyo hogar se acentúan las sombras de la miseria.

En la lucha entablada, el capital acabaría, como siempre, por vencer al trabajo: el dinero, al hombre.

La desoladora realidad imponía aún á los más rebeldes y optimistas, que veían descorazonados, con rabia y angustia, que se habían lanzado al combate con espadas de caña, mientras que las del enemigo eran de acero.

Decididos á apelar al último recurso, á solicitar el laudo que, encubriendo decorosamente la derrota, les librarse de la insostenible situación en que se encontraban, supieron, por conducto fide digno, que la Compañía enviaba un centenar de obreros ingleses para reemplazar á los huelguistas.

—¡Menuda luminaria les espera!—murmuró sombría y enigmáticamente uno de los más leantiscos.

La fábrica ardía por sus cuatro costados.

En la negrura de la noche alzábansen, imponentes y terribles, las llamas; á su roja claridad veíase á la muchedumbre trabajar afanosamente para dominar el horroroso siniestro.

Entre los que luchaban más ahincadamente hallábanse los obreros viejos que, con lágrimas en los ojos, ponían en salvar *La Invencible* el mismo amoroso anhelo que en salvar á una hija.

ALEJANDRO LARRUBIERA

DIBUJOS DE DHOY



# UN GRAN AMOR



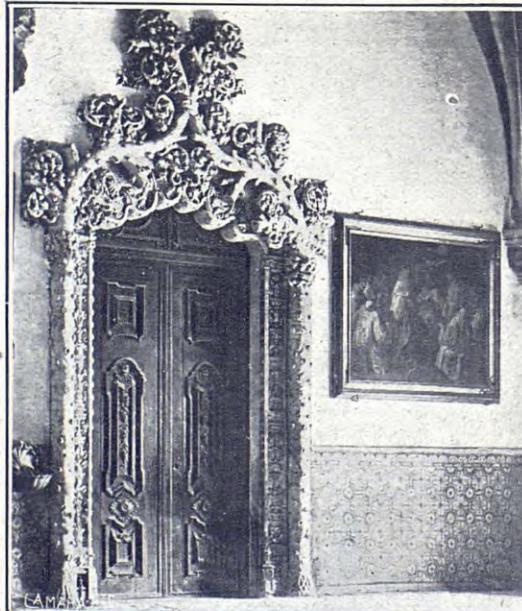
Vista del monasterio de Santa María de Alcobaça (Portugal)

La figura de Inés de Castro es de esas figuras románticas que viven al través de los siglos y que ejercen sobre nosotros una sugestión extraordinaria, para llegar á hacérsenos familiares. Es este prestigio, más que de seres reales, de los héroes legítimados por la leyenda. Para nosotros, vive Hamlet en Dinamarca; vemos á Cuasimodo en Notre Dame de París; en Toledo hace risueño el ambiente sombrío la imagen de perdición de Florinda, y en los campos de Castilla se escucha siempre el cabalgar de la mesnada del Cid.

En Portugal es la figura de Inés de Castro la más poética, la que parece escaparse del marco de la Historia, que inmoviliza las figuras como en una larga fila de retratos de un museo de pintura.

Desde que se entra en Portugal, se recuerda á Inés de Castro como la persona más conocida y familiar que tenemos allí. Inés de Castro, *la de las bellas trenzas*, debe su celebridad, más que á su hermosura y su desdicha, al amor impetuoso, firme y leal del Rey Don Pedro I, que supo amarla más allá de la muerte. Es la fidelidad de su amante la que coloca á Inés de Castro entre las amantes célebres, como Isabel y Julieta. Si el Rey la hubiera olvidado, su historia hubiese sido una historia vulgar.

Merced á ese gran amor que supo inspirar y



Puerta de la sacristía del monasterio de Santa María de Alcobaça

compartir, la figura de Inés de Castro es de las que conservan el teatro y la novela como fuente de inspiración. Hay en Inés de Castro algo de Doña Marfa de Padilla, la infeliz amante de Don Pedro, *el Cruel*, ó de aquella infeliz judía de Toledo, en la que vengó la multitud su despecho contra el Rey de Castilla. Han sufrido el sino fatal en esa terrible época en que se pretendía arrancar del corazón de los Soberanos el amor para someterlos á la razón de Estado, y en la que se ensangrentaban los tronos con continuos crímenes y fratricidios.

Pobres mujeres, débiles y frágiles, estas amadas de los Monarcas no podían resistir la tempestad de celos y de odios que despertaba su privanza y que las doblaba como débiles cañas, queriendo unos y otros hacerlas instrumentos de su ambición.

En cambio, el pueblo las ha poetizado y las ha conservado, tejiendo á su alrededor las aras de una piadosa tradición, que las mantiene frescas, vivientes, en una renovación continua.

Tal vez por eso se aparece al viajero en Coimbra, la ciudad sapiente y severa, en los bosquecillos de verdura de la «Quinta de las Lágrimas». Se comprende todo el tormento, toda la desesperación de esa alma enamorada entre la placidez, la calma y la poesía, que parecen favorables á la exaltación de los amores. Sin em-

bargo, Inés de Castro fué dichosa; su vida, breve, terminó con toda la ilusión de su delirio, de su confianza, de sus sueños.

Se ve en esa quinta una pequeña corriente de agua que va del jardín al castillo donde los conjurados retenían á su amante; esa corriente de agua era agua viva, mensajera de amor, que llevaba las tiernas misivas escritas con sangre. Cerca de esa corriente de agua pura, cayó Inés bajo el puñal del asesino, y la tradición dice que las manchas obscuras que hay en la piedra, son de su sangre inocente, que no se ha podido borrar.

Esa leyenda de la sangre, que se conserva á través de los siglos, es de las más conmovedoras. Toma como un valor de voz que grita á implora justicia; en toda gran tradición de asesinatos se halla siempre la misma nota. La poesía del lugar cautiva; es quiere conservar la ilusión de que todo permanece allí como en los días de la tragedia; el agua del río, que hace tantos años se perdió en el mar, sigue siendo para nuestra fantasía la misma agua mensajera, y todo, árboles y plantas, permanece inmóvilizado.

El triunfo de Don Pedro fué tardío para sus amores. En su desesperación, escribió la página más romántica de todos los amores, haciendo coronar á su esposa muerta y mandando esculpir en su presencia la estatua que la representa sobre su sepulcro en la iglesia de Santa María de Alcobaça, donde también hizo labrar su tumba. Ningún sitio más á propósito para guardar los restos de los dos grandes enamorados. Construida en el siglo xii, esa iglesia tiene toda la encantadora pureza de líneas del gótico primitivo, en el que queda un recuerdo del románico que acaba de substituir. Hay en él una sobriedad severa y grandiosa, á pesar de que más tarde se recarga muchísimo la ornamentación, y aparecen esos excesos de formas, propios de todas las épocas de decadencia del Arte, entre cuyas recargadas ornamentaciones se pierde la pureza de las líneas y el encanto ingenuo del estilo. Esta iglesia es una de las joyas góticas que existen en nuestra Península, y en sus altares se hallan las muestras de la escultura primitiva portuguesa, con aquellos santos, de tamaño natural, en *terra-cotta* pintada. Como toda gran iglesia de su tiempo, Santa María de

Alcobaça es un panteón de grandes y de soberanos. Dueren allí los primeros soberanos de Portugal, en sus soberbios sepulcros, y, sin embargo, los únicos que conviven son los túmulos de los dos amantes. Ante sus sepulturas se legitima la leyenda romántica y se experimenta ese escalofrío de pavor que se siente ante todo lo irremediable. Nuestro sentimiento, aquí como en Coimbra, no se da cuenta de los siglos transcurridos, y sentimos el dolor de la muerte de los amantes, como si aún pudiesen gozar de la existencia. Es un milagro de su mismo amor borrar así la distancia de los siglos y aproximar á nosotros las figuras hasta meterlas dentro de nosotros, como los objetos lejanos que miramos

trato. Las líneas del rostro, que ansiamos ver, están rotas; hasta después de muerta la persiguió su destino. Los sepulcros fueron mutilados por los soldados franceses, que se apoderaron del monasterio y de la iglesia á principios del siglo xix.

Tal vez los profanadores intentarán levantar la losa de esos sepulcros, que guardan las figuras yacentes con su pesantez, y que á mí me parecen dos arcones encantados, dentro de los cuales están vivos los muertos, por un milagro de su amor.

La leyenda dice:

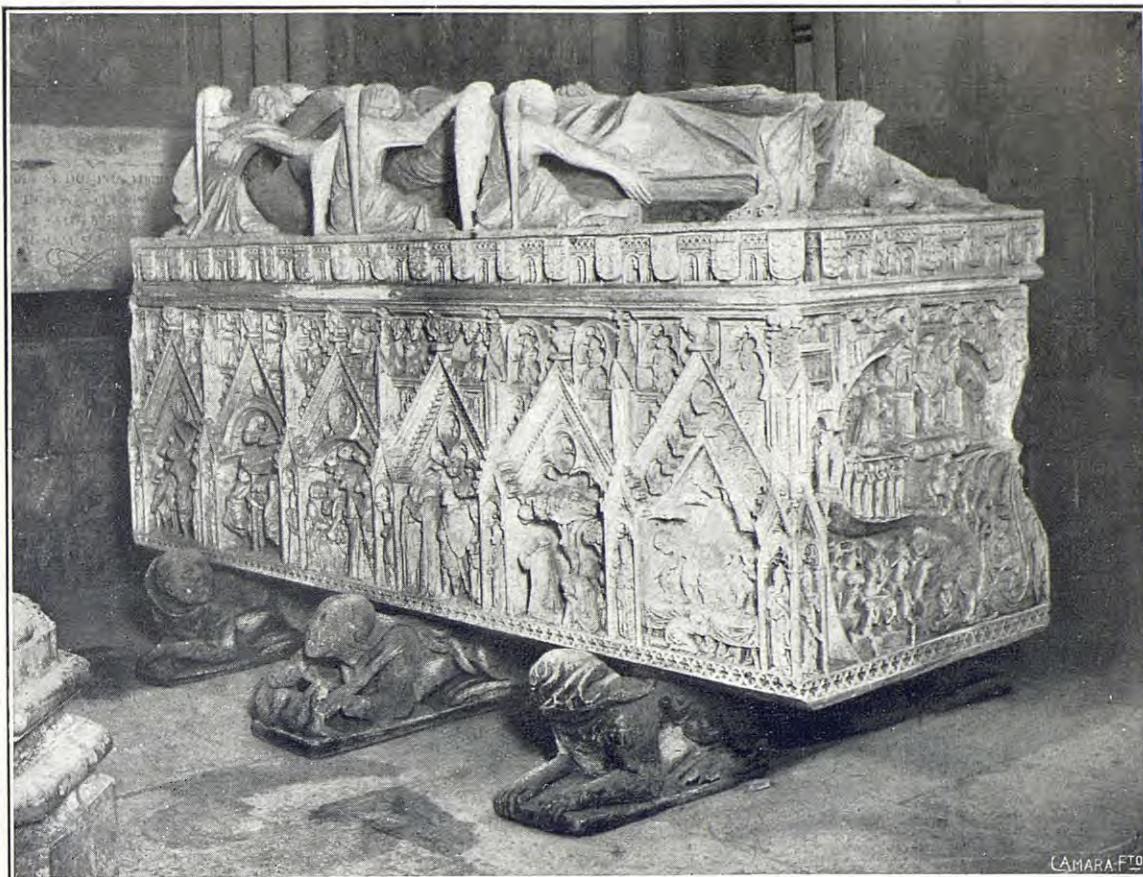
«Están colocados de manera que, al levantarse el día del Juicio final, su primera mirada sea una mirada de amor.»

¿Para qué esperar tanto? Es condenarlos á una tortura el sentirse tan cerca y no poderse ver, y tener que aguardar la resurrección de todos los muertos para su resurrección.

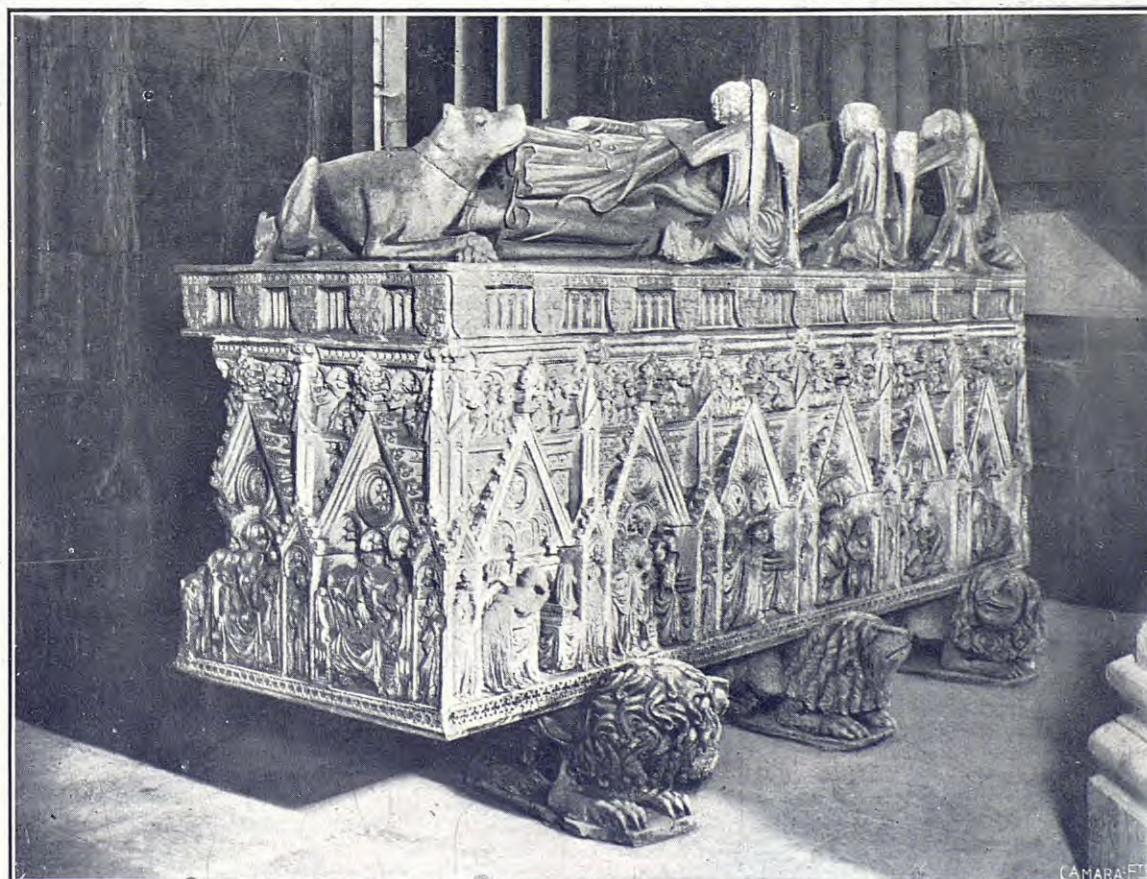
No se ha debido guardar ese pudor que preside en los enterramientos para que no estén en el mismo sepulcro los esposos que tuvieron un solo lecho. Sobra uno de esos túmulos de los amantes, que debieron estar unidos en la muerte como una satisfacción á su desdicha y á su amor. Pero ¿quién sabe?

Quizá en estas noches silenciosas y abandonadas de la iglesia los dos se han unido, se han escapado, y sólo queda aquí esta representación suya, estas arcas de piedra, vacías.

Carmen DE BURGOS  
(«Colombina»)



Sepulcro de Doña Inés de Castro, en el monasterio de Santa María de Alcobaça



Sepulcro de Don Pedro I, en el monasterio de Santa María de Alcobaça

con los prismáticos. Hay, indudablemente, una vida eterna para los que superaron apartar sus corazones de lo vulgar y conquistar un puesto en el cielo de los amantes fieles y sinceros.

Sus túmulos están ornados y labrados con amor; tienen una prodigalidad de formas bellas dentro del hieratismo de las figuras y la simetría del gótico. El arca de piedra que encierra al rey reposa sobre tres leones que tienen algo de esfinges; sobre la tapa lloran los ángeles cerca del cadáver, y un perro fiel vigila á sus pies. El rey duerme con una rigidez de muerte que deja sentir todo el helor de la piedra.

Unos monstruos de cabeza humana sostienen el sepulcro de Inés.

Nos acercamos con mayor ansiedad á mirar la piedra labrada, que, según la tradición, tiene valor de retrato.

Las líneas del rostro, que ansiamos ver, están rotas; hasta después de muerta la persiguió su destino. Los sepulcros fueron mutilados por los soldados franceses, que se apoderaron del monasterio y de la iglesia á principios del siglo xix.

Tal vez los profanadores intentarán levantar la losa de esos sepulcros, que guardan las figuras yacentes con su pesantez, y que á mí me parecen dos arcones encantados, dentro de los cuales están vivos los muertos, por un milagro de su amor.

La leyenda dice:

«Están colocados de manera que, al levantarse el día del Juicio final, su primera mirada sea una mirada de amor.»

¿Para qué esperar tanto? Es condenarlos á una tortura el sentirse tan cerca y no poderse ver, y tener que aguardar la resurrección de todos los muertos para su resurrección.

No se ha debido guardar ese pudor que preside en los enterramientos para que no estén en el mismo sepulcro los esposos que tuvieron un solo lecho. Sobra uno de esos túmulos de los amantes, que debieron estar unidos en la muerte como una satisfacción á su desdicha y á su amor. Pero ¿quién sabe?

Quizá en estas noches silenciosas y abandonadas de la iglesia los dos se han unido, se han escapado, y sólo queda aquí esta representación suya, estas arcas de piedra, vacías.

Carmen DE BURGOS  
(«Colombina»)

## PÁGINAS POÉTICAS



## JARDÍN EVOCADOR

En el jardín solitario  
se columpian los rosales,  
y es cada encendida flor  
un misterioso incensario  
con aromas pasionales  
que convidan al amor.

O

La linfa de las fontanas  
pulidas de mármol blanco

da su armonía al vergel,  
y las acacias lozanas  
tejen sobre cada banco  
un artístico dosel.

O

Mil bellas flores distintas  
sirven á una escalinata  
de vistoso baldaquí,  
y los senderos son cintas

de resplandeciente plata  
que dan belleza al jardín.

O

Y todo en el parque umbrío  
me recuerda mi ventura  
de otro tiempo, y tu beldad,  
y el acerbo dolor mío  
que con su triste amargura  
mató mi felicidad.

Las rosas, tus labios rojos;  
los verdores, las fervientes  
esperanzas de mi amor;  
la luz del cielo, tus ojos,  
y la linfa de las fuentes,  
mis lágrimas de dolor.

G. GONZÁLEZ DE ZAVALA  
DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA EXPOSICIÓN FRANCESA  
EN BARCELONA

No contenta Francia con enviar generosamente á Barcelona los tesoros artísticos de sus Museos y colecciones particulares, y de reunir en un importantísimo Certamen todas aquellas obras que pudieran expresar elocuentemente la evolución del arte francés desde la primera mitad del siglo XIX hasta nuestros días, ha remitido una magnífica colección de tapices del Móvilario Nacional.

Fastuosa decoración del gran «hall» de entrada y de las galerías altas del Palacio de Bellas Artes barcelonés forman estos tapices, que proceden todos ellos de la manufactura de los Gobelinos, célebre en todo el mundo.

En los muros del «hall» se han colocado los diez de la famosísima serie *Historia del Rey*, por Le Brun, titulados: *La construcción de los Inválidos*, *Bautismo de Monseñor el Delfín*, *Entrevista de Luis XIV y Felipe IV en la Isla de los Faisanes*, *Boda del Rey*, *Renovación del tratado de alianza con los suizos*, *La consagración del Rey*, *La rendición de Marsal*, *Audiencia de Luis XIV al Embajador de España*, *El Rey visitando la manufactura de los Gobelinos*, *Audiencia del Legado*.

En las galerías altas se han colocado los de las series *Saint-Cloud* (Mignard), *Antiguo Testamento* (Carlos y Antonio Coypel) y *Los amores de Psiquis* (Julio Romano).

Los de la serie *Saint-Cloud* son cinco: *La primavera*, *El verano*, *El otoño*, *El invierno* y *El Parnaso*. Otros cinco comprende *El Antiguo Testamento*: *El hijo de Tobías devolviendo la vista á su padre*, *Ester y Asuero*, *Jefrén y su hija*, *Susana ante los jueces*, *El Juicio de Salomón*. Por último, los tapices de Julio Romano son dos: *La cronación de Psiquis* y *Danza pastoral*.

Desde luego, la serie más espléndida es la de Le Brun, una de las mejores de tantas admirabilísimas como han salido de los talleres de alto lizo de la «Manufactura real de muebles de la Corona», fundada el año 1662 por Colbert, ministro de Luis XIV, en el edificio propiedad hasta entonces de la familia Gobelín. Y tenganse en cuenta que, de los Gobelinos, salieron durante el siglo XVII—el gran siglo del gran rey—series de tanta importancia y subido mérito como *Las actas de los Apóstoles* y *Estancias del Vaticano*, modelos de Rafael; *Los frutos de la guerra*, *Psiquis y Serpón*, modelos de Julio Romano; la *Historia de Moisés*, de Poussin; *Los triunfos de los dioses*, *El Antiguo Testamento*, *La Iliada*, la

## LOS TAPICES DE LOS GOBELINOS



Renovación del tratado con Suiza  
FOT. SERRA



Entrevista de Luis XIV y Felipe IV en la Isla de los Faisanes



La construcción de "Los Inválidos"

(Tapices pertenecientes á la serie «Historia del Rey», por Le Brun)

de una incopiable serenidad armoniosa. Vemos, por ejemplo, á nuestros caballeros velazqueños, á nuestras damas del inflado guardainfante en contraste con la elegancia recargada de los cortesanos de Luis XIV, en la famosa entrevista de la Isla de los Faisanes, el año 1660, para concertar el matrimonio de Luis XIV con María Teresa de Austria, infanta de España; vemos á los condes de Fuentes, repitiendo este contraste de siluetas graves y sobrias en el fastigio portentoso del palacio de Versalles, presentándose como embajadores de España al Rey Luis XIV, que les recibe rodeado de los altos dignatarios de la Corte en un salón lleno de estatuas, cuadros, tapices y piezas de rica orfebrería.

Y vemos, con profunda melancolía, la consagración del Rey en la catedral de Reims, recibiendo de las manos del obispo de Soissons la corona en una simbólica transmisión del derecho divino. ¡Esta misma catedral, tan bárbaramenteutilizada ahora, mientras los descendientes de aquellos franceses del gran siglo se batían de un modo que Van der Meulen, el pomposo, el enamorado de las teatralidades bélicas, no sabría pintar!

Después de la *Historia del Rey*, los demás tapices palidecen y se anulan. Y, sin embargo, tanto la serie de Mignard, como los de Antonio y Carlos Coypel y los dos del discípulo favorito de Rafael, son interesantes, agradables y armoniosos. Tienen aciertos de composición y de colorido, graciosos ritmos en los de asunto plácido, y no están exentos de pasión conmovedora en los dramáticos; pero es demasiado peligrosa la competencia con los diez prodigios de Carlos Le Brun.

*Historia de Don Quijote*, modelos de Antonio y Carlos Coypel, respectivamente, y los *Ara-bescos*, de Rafael, arreglados por Noel Coypel, el fundador de la familia de artistas de igual apellido.

Pero Carlos Le Brun fué, además del director que impulsara hacia el prestigio y la prosperidad la naciente y noble arte de la tapicería francesa, uno de los pintores que más bellos carteones ha compuesto.

Y en ninguna de las series por él concebidas y compuestas aparece tan él, Carlos Le Brun, como en la *Historia del Rey*.

Conjunto extraordinario y deslumbrador, de episodios, de retratos, de indumentaria, de mobiliaria, de costumbres, significan estos tapices, que el tiempo ha dotado

de una incopiable serenidad armoniosa. Vemos, por ejemplo, á nuestros caballeros velazqueños, á nuestras damas del inflado guardainfante en contraste con la elegancia recargada de los cortesanos de Luis XIV, en la famosa entrevista de la Isla de los Faisanes, el año 1660, para concertar el matrimonio de Luis XIV con María Teresa de Austria, infanta de España; vemos á los condes de Fuentes, repitiendo este contraste de siluetas graves y sobrias en el fastigio portentoso del palacio de Versalles, presentándose como embajadores de España al Rey Luis XIV, que les recibe rodeado de los altos dignatarios de la Corte en un salón lleno de estatuas, cuadros, tapices y piezas de rica orfebrería.

Y vemos, con profunda melancolía, la consagración del Rey en la catedral de Reims, recibiendo de las manos del obispo de Soissons la corona en una simbólica transmisión del derecho divino. ¡Esta misma catedral, tan bárbaramenteutilizada ahora, mientras los descendientes de aquellos franceses del gran siglo se batían de un modo que Van der Meulen, el pomposo, el enamorado de las teatralidades bélicas, no sabría pintar!

Después de la *Historia del Rey*, los demás tapices palidecen y se anulan. Y, sin embargo, tanto la serie de Mignard, como los de Antonio y Carlos Coypel y los dos del discípulo favorito de Rafael, son interesantes, agradables y armoniosos. Tienen aciertos de composición y de colorido, graciosos ritmos en los de asunto plácido, y no están exentos de pasión conmovedora en los dramáticos; pero es demasiado peligrosa la competencia con los diez prodigios de Carlos Le Brun.



"La fiesta del mar", cuadro de Alvaro Alcalá Galiano

## PAISAJES Y MARINAS

**S**IGNIFICÓ la Nacional de 1915 algo más que la iniciación de un vigoroso renacimiento de la pintura de paisaje en España. De las excelencias positivas que la caracterizaron y que dejaron una consolidada estela de optimismo artístico, fueron los cuadros de paisaje los que mejor y en mayor número contribuyeron a esa excelencia.

Nos felicitamos de ello entonces, nos felicitamos de ello ahora; y, sin embargo...

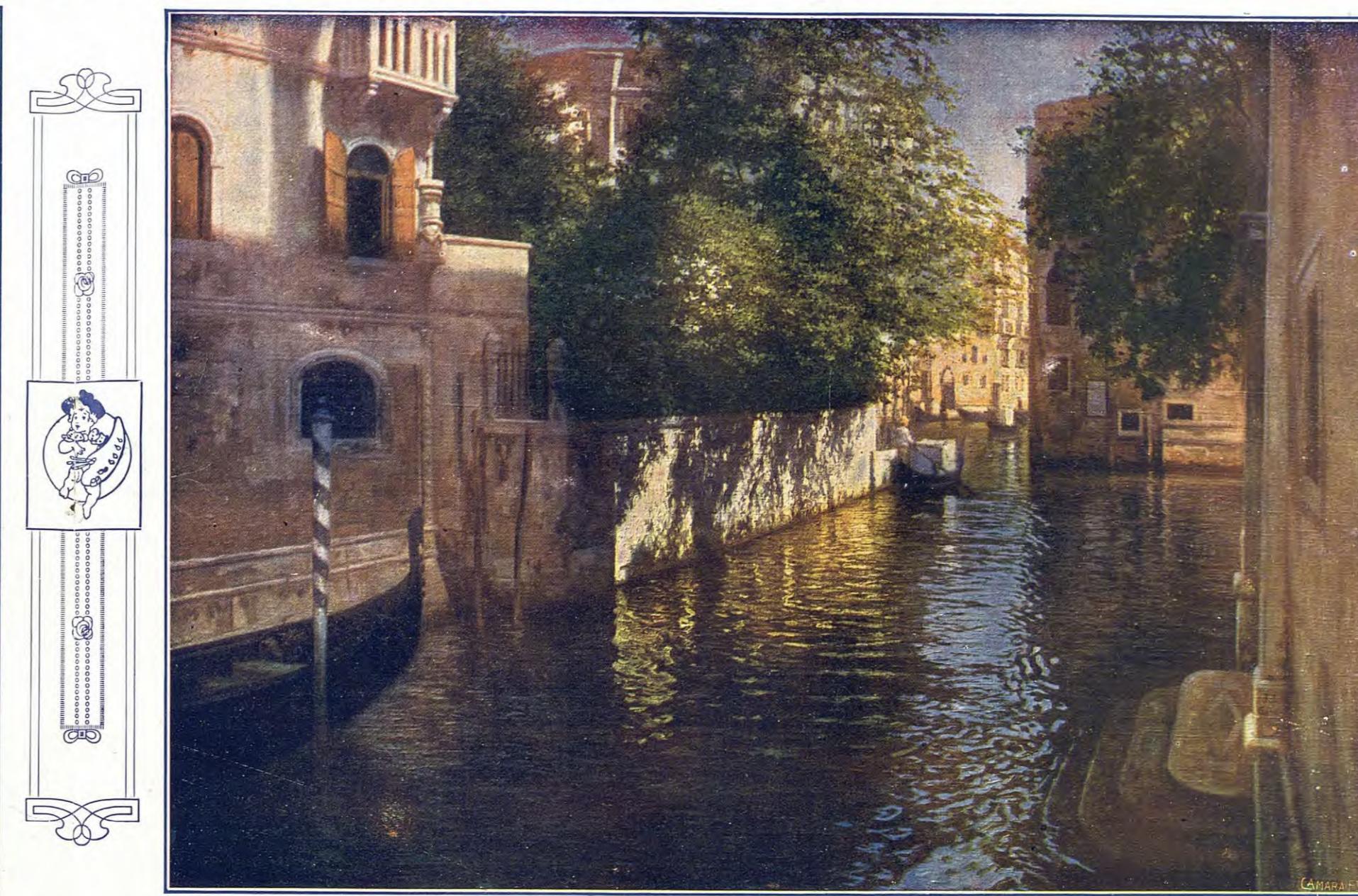
Vicio endémico de España es el gregarismo. Aun aquellos pintores que desdellarán antes el paisaje, sintieron la tentación de pintarle, y también al amparo de los legítimos triunfos de los verdaderos paisajistas surgieron otros más inferiores, más huérfanos de sensibilidad, más impasibles reflejadores del trozo de Naturaleza que elegían para copiarle. No solamente al amparo oficial de los Certámenes nacionales, sino en esta múltiple serie de exposiciones particulares que ahora hay en Madrid, los paisajistas acusan mayoría. Recientemente había cinco ó seis exposiciones abiertas en diferentes salones, y todas ellas eran de paisajes. Buenos, pocos; interesantes, algunos; vulgares, los más, terminaban por angustiarnos un poco y por empurnarnos fuera de los salones en busca de los espectáculos reales de la ciudad y de la campiña que enciatura a Madrid, embrujada ahora por la primavera en sus coqueteos, demasiado prematuros, con el estío.

En la actual Exposición también abundan los cuadros de paisajes. Pocos se destacan del conjunto. La mayoría completa esta sensación gris, tosca, á ras de tierra, del presente Certamen. No desmienten la notoria inculpación de mediocridad que hasta los elementos más benévolos de la crítica hicieron desde el primer instante.

Hay, claro es, aciertos aislados, tentativas afortunadas, ratificaciones nobles de personalidades ya conocidas. Compensan y consuelan un poco de nuestro desaliento. A ellas nos referiremos seguidamente.

Joaquín Mir presenta—antirreglamentariamente, dicho sea en honor a la verdad—tres cuadros grandes. Han sido colocados en el sitio principal de la sala que pudíramos llamar de honor por la calidad de las obras y por la colocación, que indica indudables preferencias del Jurado.

A Mir se le ha concedido primera medalla; se le indica, cuando escribo estos comentarios, para la medalla de honor en una re-



"Canal veneciano", cuadro de J. J. Gárate



"Bellas Vistas (Málaga)", cuadro original de Ricardo Verdugo Landí

dundancia de premios que tal vez pueda censurarse, no por lo muy merecidos, sino porque escamotea hábilmente una primera medalla a otro artista, igualmente digno de ella.

Todo esto parece indicar que los envíos de Joaquín Mir son los mejores que ha hecho a Exposiciones Nacionales. Y, sin embargo, yo me permito asegurar lo contrario. Es tal vez el año en que Joaquín Mir queda por debajo de sí mismo. El cuadro premiado es el mejor de los tres; *La ermita roja* es el más vulgar; *Crepúsculo* es el peor de todos.

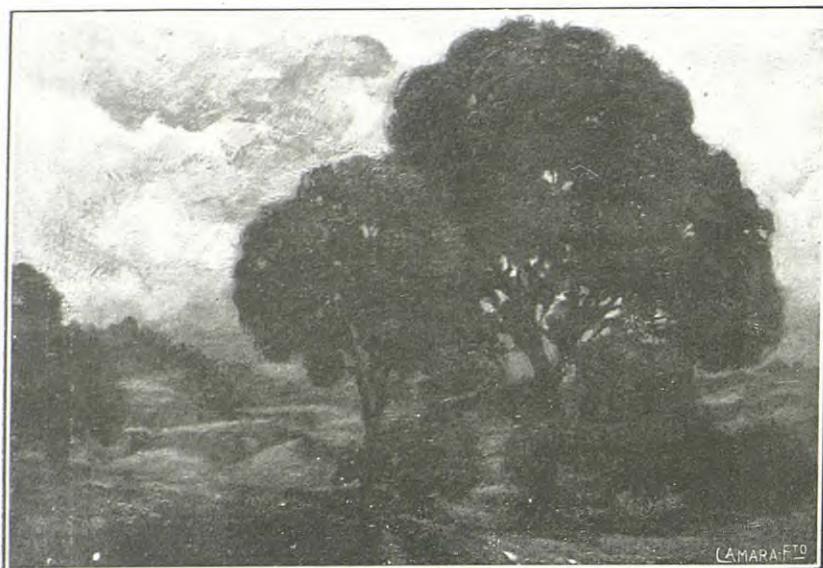
Joaquín Mir ha hecho, en estas obras suyas, concesiones lamentables. Se ha despojado de sus etéreas sutilezas y sus deliciosos sobrenaturales. ¡Que lejos aquella floración exuberante—agresiva de tan luminosa—de armonías que maravillaban y suspendían el ánimo en la Nacional de 1908! Inolvidables aquellos lienzos del gran paisajista, nos alejaron de su recuerdo los admirables envíos a la Nacional de 1915. *La encina y la vaca*, por ejemplo, era uno de los cuadros más dotados de genialidad perdurable de nuestra pintura contemporánea. Pero este año, no. Este año Joaquín Mir atravesó un período de decadencia que deseamos sea momentáneo. Y, sin embargo, es ahora cuando se le premia. ¡Siempre el retraso de las consagraciones oficiales en España!

También suena, al escribir este artículo, el nombre del otro gran paisajista catalán, Santiago Rusiñol, para la medalla de honor. No es la primera vez. Desde 1906 piensa la juventud en otorgársela al maestro que llevó triunfal por toda Europa la pompa florida, la melancolía profunda ó el soleado fastigio de los jardines españoles.

Si justa nos pareciera la medalla de honor en Joaquín Mir, justa nos parecería en Rusiñol. La medalla de honor significa precisamente la recompensa de toda una vida gloriosa, no el premio a un cuadro reciente.

Rusiñol presenta tres cuadros. Son «demasiado suyos» quizá. Quiero decir, que ninguno de ellos tiene aquella impetuosa sorpresa de los *Almendros en flor*, de la Nacional de 1915, y que pusieron una sonrisa de adolescencia fresca, ingenua, en la exuberante y fecunda madurez del artista. Surge, sin embargo, de entre los demás, *Jardín azul*. Parece del Rusiñol de la primera época por el asunto, por el cromatismo y por la romántica unión. Página, desde luego, muy digna de ser contemplada con ese fervor que siempre contemplamos los cuadros y leímos los libros del autor de *La alegría que pasa*.

A Francisco Lloréns tal vez le han escamoteado una primera medalla, teniendo en cuenta que el criterio del Jurado actual ha significado más reparación de injusticias pretéritas que recono-



"Tormenta", cuadro de Viver



"El castaño", cuadro de Francisco Llorens

cimiento de méritos actuales. Y, sin embargo, estos méritos no faltan á los dos cuadros del ilustre paisajista gallego. Francisco Llorens significa en este género de pintura la modernidad equilibrada junto al refinamiento de la sensibilidad y, dominando esta fusión, profunda sabiduría técnica. Así sus lienzos, además de sugerir emociones íntimas y de causar el externo deleite de bellos aspectos artísticamente elegidos, están bien pintados, con un conocimiento del *metier* que pocos pintores poseen.

Son bien diferentes de asunto y de factura sus dos cuadros de esta Exposición. Acaso prefiramos *El castaño á Costas gallegas* por esa feérica y sin embargo realista visión de las lejanas auriverdes como un tapiz de ensueño, vigorosamente recortadas, en un hábil contraste de luces, por el enmarcado de los primeros términos.

Pero también este otro cuadro, *Costas gallegas*, con sus pinos tan decorativos, recortándose sobre el cielo claro y sereno mientras en lo hondo desdobra tranquilamente el mar sus ondas de nácar y plata, es en su delicadeza, en la sutilidad de japonsa estampa que tiene, un encanto de cromática y sugestiva belleza.

Ricardo Verdugo Landi ratifica más alta y enérgicamente que nunca su credo de marinista, á quien su forzosa vida en las ciudades del interior no secó el manantial de amor á las playas cálidas del *Mare Nostrum*.

Su cuadro *Bellas Vistas (Málaga)* está construido con arreglo al concepto realista que tiene Verdugo Landi de la pintura. Amplifica, además, su visión y su procedimiento. En el cuadro el marinista y el paisajista se completan con el vigor de los primeros términos y la suavidad y tersura finísima de los últimos.

Ha trabajado, además, la materia con mucha valentía. Tanto los peñascos como el agua, densa y profunda, donde espejean las ocrosas siluetas, están conseguidos con hábiles gruesos de color y experto manejo de la espátula.

Por lo que se refiere á la composición, al reparto de luces y sombras, á la gracia armoniosa del arabesco, la marina que Ricardo Verdugo Landi ha presentado este año es tal vez la mejor de cuan-

tas lleva pintadas el ilustre y laureado marinista.

Viver expone dos paisajes admirables dentro de esa nota grave y de sonoras ondulaciones, peculiar del notable pintor catalán. Prefiere *Inquietud á Melancolía*. Claro es que siempre con una relatividad entre dos verdades absolutas. *Inquietud* es un paisaje de severa y grandiosa concepción, de aciertos que tienen extraordinaria rotundez. *Melancolía* es blando, reposado, envuelto en una sutil nostalgia muy conmovedora.

Dos cuadros también expone el paisajista José Robledano: *Laguna de Peñalara* y *La montaña del Águila*. Serraniego el primero y levantino el segundo, está más conseguido aquél que éste.

Al temperamento del joven paisajista le van mejor las notas frías y dulces que las vigorosas y cálidas. Su *Laguna de Peñalara*, aunque inferior á otros cuadros de Robledano, es una obra bella y cariñosa. Se ve con agrado y se recuerda con emoción. Esto podrá no significar un triunfo de medalla, pero representa otro triunfo más puro sobre la sensibilidad de los que se asoman al arte sin prejuicios y sin cegadoras preferencias.

Raurich, que presenta un formidable, un prodigioso bodegón que ilumina toda la sala donde está colocado, y que podría ser el punto de partida de una larga serie de consideraciones estéticas, expone junto á él un paisaje, ya conocido del Salón del Círculo, y en realidad poco representativo del arte viril, imponente, del gran pintor.

Martínez Vázquez ocupa todo un lienzo de pared con su cuadro *La majada*. Se resiente esta obra de teatralidad, de énfasis, y sobre todo, de impersonalismo. Para pintar como Muñoz Degrain, hay que ser Muñoz Degrain. Véanse, como ejemplo de ello, otros dos cuadros titulados *Mallorca* y *Astillero en la bahía*, que firma la señorita Flora Castrillo. Así pinta Muñoz Degrain.

*Turbonada*, de Andrés Larraga, es un acierto positivo, y figura, por derecho propio, en la sala que parece ser la de honor. Sóbria y grandiosa la ejecución, recuerda, por su empaque, á los maestros ingleses del siglo xix. Ha obtenido con pinceles la fuerza vigorosa que obtendrían el buril y el aguafuerte del grabador.

Murillo Ramos presenta su envío de pensionado. Es un cuadro seco y duro, desprovisto de espontaneidad y abrumado por el inevitable defecto de ser una obra cuya dimensión excede con mucho á la íntima, á la cordial expresión de un espíritu que deben tener los paisajes. Y es doblemente triste que así sea, porque, en apariencia, da la razón al draconiano é intolerable artículo del flamante Reglamento, donde se les niega derecho al premio á los pensionados de Roma. Ese capítulo debe desaparecer, por absurdo; pero, aunque no existiera, por esta vez el Sr. Murillo no habría obtenido recompensa.

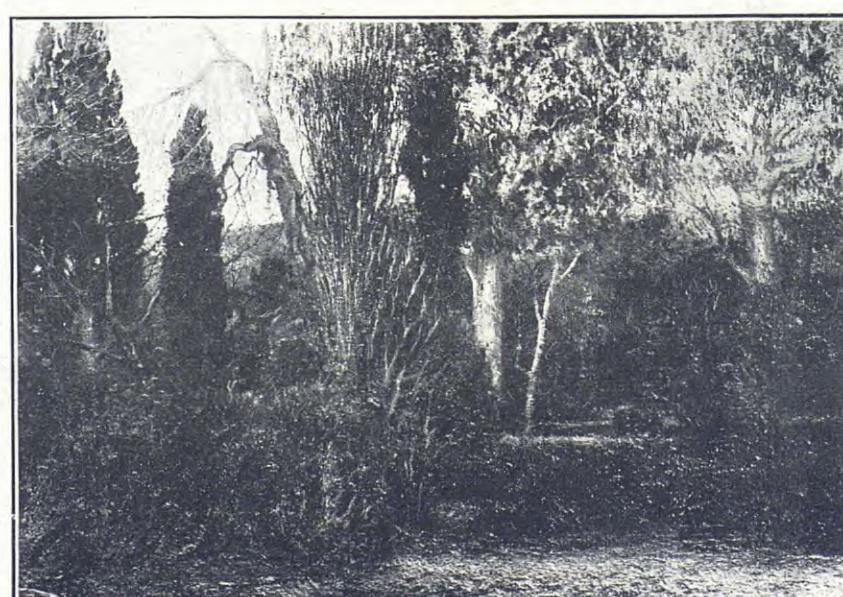
Deben citarse además, con elogio, las obras de los Sres. García Lesmes, Galwey, Winthuysen, Ivo Pascual, Corral, Plá, cuyo paisaje *Aragón* es muy interesante y muy característico; Pinto, notable paisajista argentino que, con su cuadro *La sombra en el Calchaquí*, da una nota simpática de modernidad; Gómez Alarcón, que presenta dos lienzos, *Navidad* y *Entre dos luces*, muy bellos el primero y muy difícil de valorar bien el segundo; Juan Antonio Fuster, joven mallorquín que, en la sala simpatiquísima de los avanzados—sala que será objeto de un artículo especial, porque es la más generosa y audaz de todas—, tiene un lienzo, titulado *Almendros floridos*, de un brío angloescos y de una fastuosidad oriental. Florensa, discreto; Vera, menos afortunado en los grandes lienzos que en las notas de pequeñas dimensiones; Domingo Carles, cuyos cuadros, jugosos, espontáneos, de una profunda densidad espiritual, han indignado á ciertos señores de la crítica; Milada Sindlerova, la admirable pintora checa que triunfó recientemente en el Ateneo; el alemán Sollman; los catalanes Cardunets y Bachinas; Mariano Bertuchi, especialista en paisajes marroquíes, que interpreta con luminosidad extraordinaria; Ferrández, Casas Abarca (Agapito) y Penzol.

¿Y cómo hablar de paisajes sin resistir á la tentación de mencionar los fondos admirables de los cuadros de Hermoso, Salaverría, Maeztu, y esa página, toda sencillez, ingenuidad y serenidad, del lienzo *La familia*, de Cristóbal Ruiz?

SILVIO LAGO



"Turbonada", cuadro de Andrés Larraga



"Tristeza otoñal", cuadro de Nicolás Rauich

## PÁGINAS POÉTICAS



CÁMARA-FOTO

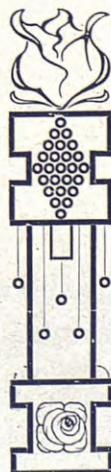
## CLARO DE LUNA

Ante el balcón florido de la calle sombría  
renace la emoción de un viejo sentimiento;  
vivo en esta hora nueva la antigua poesía  
y me trae perfumes conocidos el viento.

Es mi amor tan lejano que me parece un sueño.  
La clave de las rimas que ha hecho mi corazón,  
es en el triste horario de mi vida, el risueño  
cuento de Abril, el salmo de mi resurrección.

Esta noche florece mi legenda encantada  
y perfuma una dulce saudade el alma mía;  
mi paso retrocede por la senda ya andada  
y vivo aquel remoto milagro de alegría.

¡Mujer, fuente divina de sensuales temblores!  
Sueño... Rayo de luna. Que no sé lo que eres.



Siempre has sido tú misma en mis otros amores  
única en la escultura de las otras mujeres.

Tu recuerdo es la sola razón de mi existencia,  
y de nuestros amores en la historia doliente  
ya han muerto las palabras, sólo queda la esencia,  
triste como el confuso añorar de la fuente.

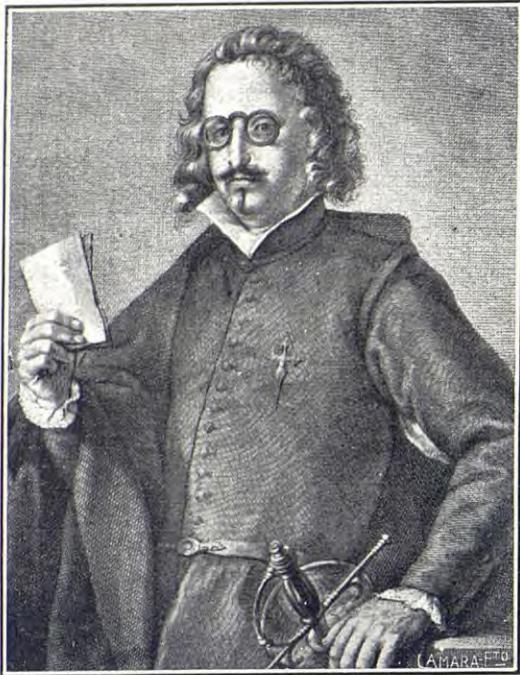
En mis horas, cortejo de todos los dolores,  
negras encrucijadas donde el Desastre espera,  
hay un claro de luna, cantan los ruiseñores  
y pasa por mi puerta la novia Primavera.

Entre música y flores digo mi rima única  
bajo la eucaristía de la alba luna calma...  
Su voz sueña en mi oído y el albor de su túnica  
aparece en el claro de luna de mi alma.

E. CARRÉRE

## LOS RESTOS DE QUEVEDO

(Párrafo nuevo en "El sueño de las calaveras")



D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGRAS

**R**ELEYENDO, las noches pasadas, con la devoción que tengo por costumbre, los maravillosos sueños de D. Francisco de Quevedo y Villegas, antes de finar el primero de todos, que es el de las *Calaveras*, llamó el cansancio á mis ojos tan recientemente, que me quedé dormido con el libro abierto en el regazo.

Como por de dentro del meollo andábame ron-  
dando, sin paz ni sosiego, aquella pintoresca ba-  
rraunda, laceria de la vida que por su propio pie  
se va al infierno, antojósele al magín, que seguía  
con los ojos abiertos sobre los folios de la sá-  
tira incomparable, continuar una lectura quimé-  
rica, pero que á él se le figuraba escrita por  
la misma veneranda mano del insigne Señor de  
la Torre de Juan Abad. Y fué desta suerte:

.... vi de pronto que unos enterradores traían  
á cuestas un ataúd abierto, dentro del cual asomaba  
una carroña no del todo descompuesta, pues que conservaba en momia gran porción de  
carne, y, á trozos, pedazos de vestido.

»Pregunté á un diablo, viudo del un ojo, cómo  
era que no recibiéndose allí más de almas en  
pecado, traían aquel cuerpo libre de la suya, y  
me respondió que porque en el mundo, de tanto  
zarandearle de un sitio para otro, había perdido  
la sepultura, y lo llevaban á los profundos como  
en depósito.

»Esto acucióme la curiosidad, y asegurándome  
los espejuelos, acerquéme á la caja para ver  
quién pudiera ser el infeliz que así andaba  
por los infiernos después de fenecido, como el  
Rey Felipe por la Tierra, y, ¡voto á Dios!, quedéme de piedra: aquella notomia era la de  
mi misma persona. Restreguéme fuertemente  
los ojos, pensando que no fuera sino ofuscación  
de los sentidos, por el mucho tiempo que asistía  
en aquel lugar; pero con más fuerza se me puso  
delante la evidencia.

»El diablejo, que vióme confuso y no era de  
los peores del infierno, acercóseme diciendo:

»—Ríerame yo para un año si no hubiese un  
dolor de muelas que me saca de juicio. Vos y  
muy vos sois ese difunto, que os traen acá por-  
que os han perdido en la Tierra á fuerza de tra-  
yeros y llevaros neciamente; pero aun eso tenéis  
que agradecerles, que, como es invierno, acá es-  
taréis con más regalo.

»Y entonces fui yo quien soltó la risa, acor-  
dándome de cómo se hacen las cosas en España  
y en qué forma se pone en ridículo á sus hom-  
bres insignes cuando se quiere honrarles.

»A un gobierno celoso de los prestigios na-  
cionales, que en otro tiempo dieron prez y fama  
á la Patria, ocurriósele que no era bien que ya-  
cieran diseminadas las ilustres carroñas de sus  
prohombres por distintos puntos de España, sino  
que las más que pudiéranse hallar viniesen á  
dormir juntas en un puñado de tierra.

»Esto vísálo yo con la videncia infinita de  
quien tiene el ánima nadando en el piélagos de lo  
sobrenatural.

»Vi que el acuerdo tomó trazas de hecho, y  
andaban unos hombres enlevitados, remedando  
el día del Juicio final, esto es, abriendo sepul-  
turas y revolviendo huesos y piltrafas. ¡Mía fe que  
no hiciera más un tablajero!

»A la postre, y aunque hacíamos lo posible  
por que no toparan con noso'ros y nos dejaran  
en paz, dieron con Juan de Mena, Gonzalo  
de Córdoba, Garcilaso de la Vega, Ambrosio  
de Morales, Don Juan de Lanuza, Calderón,  
el Marqués de la Ensenada, Ventura Rodríguez,  
Juan de Villanueva, el almirante Gravina  
y conmigo. ¡Dios nos lo tome en cuenta á  
la hora de pagarle los agravios!

»Bien hayan Luis Vives, Miguel de Cervantes,  
Frey Félix Lope de Vega, Juan de Herrera,  
Diego Velázquez y Claudio Coello, que  
no les pudieron haber.

»Qué bien que me estaba yo en mi sepultura  
de Villanueva de los Infantes, durmiendo el  
sueño de mi gloria, hasta que aquellos hombres  
me hallaron y trasladaron á la corte, lugar de mi  
nacimiento, donde me perdí tantas veces; mas  
nunca pude yo imaginar que luego de fenecido  
me ocurriese otro tanto.

»De allá trajéronme en procesión funeraria  
desde la aldea, para depositarme con mis otros  
camaradas de ultratumba en la iglesia de Ato-  
cha, y á 20 días del mes de Junio de 1869,  
comenzó la bogiganga para echar mi podredum-  
bre al viento.

»A cosa de las cinco de la tarde comenzá-  
mos la peregrinación hacia el *proyectado* panteón  
nacional, pues que aún no estaba concluido.

»No han visto mis ojos jamás cosa tan desdi-  
chada como aquellas carroñas en que nos embu-  
tieron para pasear nuestra miseria por las calles  
de la Villa, hasta dar en la cripta de San Fran-  
cisco.

»Por que no anduvíramos á la greña como  
muchachos, por estar estrechos, pusiéronnos un



GARCILASO DE LA VEGA

armatoste rodado para cada uno: Era el mío un  
montón de trapos pintados, teniendo por remate  
un globo azul con estrellas de oro sobre nubes de  
plata, cubierto por un crespón funerario. Enredado  
de una gigantesca corona de laurel, que  
llevaba entrelazados los títulos de mis obras, ha-  
bía escritos aquellos mis famosos versos:

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

»Si yo dijere ahora aquí lo que sentía de aque-  
lla fama que así zarandeara nuestros pobres hue-  
sos, á fe que nos habrían de oír los sordos... mas,  
¿para qué, si, hecho el daño, no aprovecha el  
enfado?

»Llegamos, por fin, donde diz que era el Pan-  
teón Nacional, y como aún no estaba concluido,  
pues faltaba el pequeño detalle de labrar las  
sepulturas, dejáronnos, provisionalmente, mal  
acondicionados en una capilla, y ya, de allí en  
adelante, nadie más se volvió á recordar de nos-  
otros.

»Allá nos estábamos los desdichados muertos  
que fuimos alguien en el siglo, pidiendo á Dios  
que fuera aquella nuestra salida postera; pero los  
sepulcros no se labraron, y víñole en gana (no  
se sabe á quién, con más poder que las Cortes),  
volvemos á nuestras primeras sepulturas, y allá  
fuimos todos rodando nuevamente como Dios era  
servido.

.... Yo, corrido de tantas profanaciones, pen-  
sé en tomar venganza á mi propia costa; que  
según me llevaran á Villanueva de los Infantes,  
ordenar á mi ánima que se entrase en el ataúd  
y á lo largo del camino fuese esparciendo las  
cenizas, que más habrían de aprovechar las que  
el viento llevase á los surcos y dejase prendidas  
en las humildes florecillas de las cunetas, pues  
llegado á la aldea, siempre estaría en riesgo de  
que me volvieran á sacar en procesión, y yo no  
soy San Isidro, que con su notomia descubierta  
trae el agua á los campos sedientos... Mas no  
puse por obra este pensamiento, esperanzado en  
que perdiéndome algún día tan bien que no me  
vuelvan á hallar por los siglos de los siglos, me  
dejarán al cabo dormir el sueño de los justos...  
Ahora me han vuelto á hallar, que esta es mi  
mayor desventura. No sino entiendo que es el  
Conde-Duque quien, aun luego de muerto, me  
persigue...



D. FEDERICO GRAVINA

DIEGO SAN JOSE

ESTRENO DE UNA ÓPERA  
ESPAÑOLA

## “EL GATO MONTÉS”, DEL MAESTRO PENELLA



LAMARATEO

Una escena del primer acto de la ópera española “El gato montés”, libro y música del maestro Penella, estrenada, con gran éxito, en el Gran Teatro

El maestro Penella ha obtenido en el Gran Teatro un éxito ruidosísimo, y de los que quedan en el repertorio, con su ópera popular *El gato montés*, una buena obra lírica escrita sobre un libro interesantísimo y emocionante en alto grado, con una música fresca, espontánea y, sobre todo, genuinamente nacional, y que, ¿por qué no decirlo?, nada desmerecería colocada entre otras de Giordano, Leoncavallo y el propio Mascagni, tan aplaudidas en los principales coliseos del mundo. *El gato montés* es obra sincera, espontánea, reveladora de un completo dominio de la técnica y exuberante de rasgos melódicos de una gran simpatía. En el primer acto, de una gran brillantez todo, destácanse la romanza de tiple, delicado dibujo melódico resuelto con mucho brío, y un gracioso garrotín.

En los actos siguientes, la fuerza musical es absorbida por el interés teatral dominante, avasallador. Las escenas de la Plaza de Toros, de movilidad y color realmente extraordinarios, y de un realismo electrizante, son un rotundo acierto de observación profunda. El final de la obra es de una excepcional intensidad trágica, y así se comprende que el público, al caer el telón, después de quedar unos segundos silencioso, sobre cogido, abrumado por la intensidad de la emoción, se levante de los asientos y aplauda frenéticamente y haga salir á es-



EL MAESTRO MANUEL PENELLA  
Autor de la obra

cena numerosas veces al notable músico y hábilísimo autor que tal deleite le ha proporcionado durante unas horas.

*El gato montés* recorrerá, con el mismo éxito que aquí, todos los teatros de España y los de América, sobre todo, si su representación alcanza el grado de perfección á que ha sabido elevarla la compañía que nos ha dado á conocer en el Gran Teatro esta interesante ópera, á cuyo resonante éxito han contribuido no poco la señorita Romo, que canta con muy buen gusto y bella y extensa voz; el Sr. De Ghery, que representa el protagonista de modo irreprochable; Beut, que se ganó una ovación, y la señora Cárcamo. Añádase á lo expuesto lo perfectamente ensayada y dirigida que ha sido la obra y la pulcritud con que se ha puesto en escena, y se comprenderá que *El gato montés* haya obtenido uno de los mayores éxitos que se recuerdan en estos últimos años.

El maestro Penella ha conquistado un triunfo tan grande como legítimo y tan entusiasta como franco, porque al mérito de su labor como músico, ya reconocido por la crítica y el público, ha sumado la evidencia de su habilidad como libretista conocedor de los resarcibles teatrales, de la mecánica y de los efectos, que constituyen lo que pudiéramos llamar la razón del éxito.



LAMARATEO

Escena final de la ópera del maestro Penella “El gato montés”

FOTS. BARBERÁ MASIP

DESDE PARÍS

## LA GUERRA DE LOS TENDEROS

ONCE de la mañana y una gloria de sol en los cielos... ¡Al fin, el buen tiempo...! Creímos que no habría de llegar nunca, y por su lado creyeron los mercaderes que jamás vendrían, en este año, las *nouveautés de la saison*...

Mas he aquí el sol... Nosotros, los desheredados del mundo, podemos aceptarle ya como un bien: como un bien que nada nos cuesta y que á nada nos obliga... Podemos gozar de él con voluptuosa *insouciance*: como los camaleones, como los lagartos...

No así los mercaderes... Para este sol que luce, al cabo, no es la primavera que llega, ni el invierno que acaba, ni la vida que vuelve... Es, sencillamente, un vencimiento... Sobre el crédito de este sol, edificaron castillos de confecciones: vestidos, sombreros, zapatos, sombrillas, *sacs-à-mains*... Todo este arsenal de elegancia no aguardaba, para trocarse en moneda y rendir beneficios de ciento por ciento, sino la llegada del sol... Hele aquí... Y ahora estos desventurados millonarios, tenderos del boulevard Haussmann, judíos de las *Galleries* ó del *Printemps*, se asoman á los ventanales de sus tiendas-palacios y atisban, con angustia que da pena, el ir y venir de las mujeres sobre la acera, el gesto de la compradora posible que se detiene ante un escaparate ó que revuelve, con mano febril y desdenosa, los saldos de una exposición...

En todas esas caras de usureros semitas está el mismo tormento del logro, la misma angustia: pregunta: —¿Pagará ó no pagará el sol de este verano tardío la letra de cambio que le hemos girado, al preparar las *nouveautés de la saison*?...

\*\*\*

Por desgracia, el sol paga, y paga con creces y con réditos usurarios, porque son sus tesoreras las muchachas, las mujeres de esta Villa-Frivolidad...

A lo largo del boulevard Haussmann, y frente á los portones de las *Galleries* y del *Printemps*, las parisienas van y vienen y se agitan en derredor de las exposiciones, como hormigas sobre montón de azúcar... Los tiempos difíciles; la vida cara; la guerra; la terrible cerrazón del porvenir: ¿qué es todo esto, ni qué vale, ante el irresistible *chic* de una prenda *tout à fait dernier cri*...?

Para una ciudadana de la Villa-Frivolidad, el momento de probar un modelo inédito de sombrero es un instante sagrado, y el gesto de ese instante merece lentitud y abstracción de práctica ritual...

Dice un proverbio español: «Cabeza loca no quiere toca»... Si hubiéramos de creer en la experiencia y en la verdad de los dichos que la tradición nos lega, fuerza nos serfa conceder á estas mujeres de nuestro París una sorprendente dosis de juicio y de prudencia... Y sin embargo...

Si embargo, las adorables muñecas que dictan al mundo toda ley de elegancia; las gentiles cabezas que tan sólo sobre la almohada vemos destocadas; las frentes en las que anidan, con la más clara inteligencia y el más agudo ingenio, todas las audacias de la fantasía y todas las inquietudes del ensueño, no son, por fortuna, de esas que en el viejo idioma de los prejuicios pudiéramos llamar sensatas... ¡Oh, no!...

\*\*\*

Hablad á una parisienne en nombre del sentimiento y, como vosotros, y aun mejor que vosotros, sentirá... durante el breve espacio de un cuarto de hora, que es todo lo que puede concederos de su vida y de su corazón...

Hablad á una parisienne en nombre de la verdad, y en lo que vosotros, y aun mejor que vosotros, creerá, si la verdad es bella como un cuento de hadas... Si la verdad es ingrata y áspera, vuestra amiga de París os aconsejará que aprendáis el arte de mentir con gracia...

Pero hablad á una de estas mujeres en nombre de la razón, y una despiadada risa os cortará el hilo del discurso: una despiadada risa que será cristalina espada blandida por el Angel de la Ironía al expulsaros de un paraíso perdido...

\*\*\*

Nuestros abuelos españoles afirmaban que «cabeza loca no quiere toca»... Si nosotros, los nietos, hemos de seguir pensando y diciendo conforme al duro genio de la raza, preciso nos será invertir el antiguo proverbio, trocándole por este otro: «cabeza loca, quiere toca»...; y aun más, quiere la interminable serie de tocas



creadas por la moda para bienaventuranza de mercaderes y judíos y condenación de maridos y de amantes cristianos.

En vano, para librarse del acostumbrado alivio de facturas, esos maridos y esos amantes, presentes ó ausentes, dicen ó escriben á sus mujeres ó á sus amadas ese *leit-motiv*, que lo es hoy de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones, y también de todos los egoísmos y de todas las avaricias:

—*C'est la guerre....!*

—¡Es la guerra...!—dice el soldado que lleva tres años de vida y de infierno en las trincheras...

—¡Es la guerra...!—dice el inquilino al negarse á pagar á su casero, para comprar, con el importe del inquilinato, productivos bonos de la Defensa Nacional...

—¡Es la guerra...!—dice el «patrón» millonario al pagar á sus empleados con sueldos tanto más reducidos cuanto más cara se hace la vida...

Y el soldado infeliz, y el misérable propietario, y el mundo sufre y callan... Todo el mundo sufre y calla menos ella: la cabecita toca...

Si por negarle á esta cabecita el último modelo de toca osáis arguir: *C'est la guerre....!* oíréis, inmediata, la réplica siguiente:

—Ya sé que *C'est la guerre*, amigo mío...

Pero, justamente, por ser *la guerra*, hemos suprimido en nuestros sombreros todos los adornos caros: paraíso, garzas, avestruces, flores... Y hoy hacemos sombreros con nada: con cintas de seda, con paja, con tul, y los adornamos con nada: con bordados de lana, con perlas de vidrio, con una pluma de gallo... Así ocurre que esos modelos apenas valen un «luis»... nada...

Y en tales condiciones, lo menos que puede concederse á una mujer á quien se quiere, es una docenita de esos *petits chapeaux* que nos dan casi de balde...

Habréis de ceder, al cabo... Y los tenderos judíos del boulevard Haussmann, calculando que igual da vender un sombrero de diez «luis» que diez sombreros de un «luis», se frotan las palmas de las manos y piensan que para ellos no es *la guerra*...

Verdad es que no todos los tenderos tienen tienda. Hay mercaderes para quienes la tribuna de un salón de conferencias, ó la mesa de la dirección de un periódico, hacen oficio de mostradores. Y por muy «aliadófilos» que parezcan, no son estos otros tenderos—los disfrazados de personas decentes—los peor *instalados* en la guerra...

ANTONIO G. DE LINARES

DIBUJO DE ECHEA

## EL HADA BUENA DEL BOSQUE



Por la espesura del bosque fueron las hordas crueles, camino de la llanura resplandeciente de sol, con estruendo de cañones y relinchos de corceles, que arrancaban á la tierra epiléptico temblor.

Bajo los cascos bruñidos de los caballos marciales se mustiaron los laureles de simbólico verdor, y los robles centenarios y los olmos señoriales formaron, hechos astillas, un imponente montón.

El hada buena del bosque fué en su gruta sorprendida por los hurras de la hueste y el estruendo del cañón, y por tierras impiadosas vaga llorosa y perdida, lleno los ojos de lágrimas, lleno el pecho de dolor.

¡Desgraciada viejecita, la que aromó nuestra infancia con leyendas candorosas y romances de juglar, y nos adurmó con cuentos de suavísima fragancia al resplandor misterioso de la lumbre del hogar!

Ya no oiremos la caricia de su voz amable y queda, la música cantarina que arrulló nuestra niñez, cuando hablaba á nuestro lado de los rizos de oro y seda que tenía por adorno la Princesa Blanca Miel.

No escucharemos la historia de la bella enamorada que tras de una mariposa en el monte se perdió y le sorprendió la noche en una gruta encantada, prisionera entre las garras de un fabuloso dragón.

Ni sabremos la aventura de la gentil infantina, á quien por hermosa y buena quiso un príncipe galán; la que huyendo de la bulla de una fiesta palatina perdió, al bajar la escalera, un zapato de cristal.

Ni veremos á la niña de los ojos celestiales, compañera de los gnomos de barbas hasta los pies, limpiando igual que una esposa los vasos como dedales y los platos pequeñitos como cáscaras de nuez.

¿Qué será de Blanca Nieves? ¿Qué será de Pulgarcita, la que nació por un beso en las ramas de un rosal? ¿Dónde encontrará un regazo la gentil Caperucita, si los vándalos talaron su rinconcito de paz?

El hada buena del bosque, viejecita y arrugada, anda errante por el mundo con sus dolores por cruz... ¡Ya no volverá á encantarnos la Princesa enamorada ni arrullará nuestro sueño la fuente del Ciero Azul!

JOSÉ MONTERO

DIBUJO DE BRUGADA



ESCENAS DE LA GUERRA.—“El héroe”, grabado original de Vázquez Díaz

Hay en la sección de grabado de la actual Exposición Nacional un tríptico de aguas que sorprende y sujeta el ánimo en una impresión de horror. Es el tríptico de tres ciudades francesas, mártires de la guerra: *Verdun, Arras, Reims*. Entre los demás grabados evocadores de lugares románticos y melancólicos con cipreses, con fuentes de ancho tazón, con ruinas helénicas y tapias blancas de cementerios; entre las escenas de pueblos á lo Penell ó á lo Brangwyn, ó los recónditos y enmarañados lugares de selvas frondosas, ó de siluetas de mujeres, estos tres grabados hoscos, sombríos y un poco bárbaros en su fuerza expresiva y en su desolación elocuente, nos de- tienen.

Las fotografías y las crónicas literarias nos habían ya, al parecer, acostumbrado al espectáculo imponente de las ruinas todavía humeantes, que clavan sus triángulos escabrosos en el cielo vibrante y oscuro de disparos; de los templos profanados y las cahillas arrasadas y de los esqueletos de las edificaciones irguiéndose como crímenes en una conciencia culpable.

Y, sin embargo, no tenían esta agresiva ferocia en su súplica á la indignación ajena como en este tríptico *Arras, Reims, Verdun*, de la actual Exposición Nacional. Son ciudades espirituales que im-



ESCENAS DE LA GUERRA.—“Las madres”, grabado de Vázquez Díaz

precan y amenazan y abochornan por cómo es posible en nuestro siglo de máxima civilización descender á la máxima barbarie. El artista ha compuesto sus tres grabados como un poeta épico sus estrofas. El dibujo es de una verticalidad rotunda; en el claroscuro hay durezas voluntarias que evocan rembranesco contrastes. Ni un solo detalle compensa la contemplación de este agostamiento de la ciudad, de esta destrucción que no parece haber venido ígnea por los aires, sino haber brotado de la tierra misma, en una violenta convulsión geológica, como si la muerte, camarada de su milenario sueño bajo cuarenta años de paz, de cosechas profundas, de prosperidades industriales, de refinamientos estéticos, se hubiera incorporado en su tumba alzando la enorme losa que la Francia feliz había echado sobre ella.

Y después de contemplar esta visión de las ciudades por donde la guerra ha pasado ó permanece aún, sentimos la curiosidad de conocer cómo habrá visto el artista las personas á quienes la guerra ha desviado de los senderos imaginados únicos.

He aquí estos otros grabados. Les hermano el procedimiento y el propósito. Fraterno impresión causan también. Hay una trágica desesperación y una commovedora fuerza casi morbosa para so-

portar el dolor, que sólo teniendo recóndita raigambre de heroísmo puede concebirse.

Colocáis, por ejemplo, estos grabados frente á los dibujos tan armónicos, tan perfectos de Matania, y halláis una ruda diferencia. Pensáis en esas frívolas y galantes páginas de *Fantasio* con sus lágrimas de cocota y sus escenas indescriptibles de permisionarios que encuentran una madrina demasiado complaciente, y la diferencia se destaca con mayores bríos y ventajas á favor de los grabados de Vázquez Díaz.

No se ha perdonado el artista ningúnt detalle de amargura y de cólera. No ha querido falsear la visión atormentada. Ha reproducido las siluetas lamentables de los enfermos, de los heridos, de los ennegrecidos de pólvora y roídos de fiebre y sucios del barro viscoso de las trincheras. Ante las figuras que Vázquez Díaz ha sabido ver en la guerra, evocamos los capítulos inquietadores y ásperos de *Le Feu*, esta obra de Henri Barbusse, que es la verdadera voz de la verdadera Francia; la voz que habla desde las trincheras, no desde las calles de París ó desde los parisinos palacios de los barrios aristocráticos.

A veces Vázquez Díaz une varias de estas figuras en una escena de mayor totalidad elocuente y decisiva. Son como bocetos de cuadros futuros que, luego, en los días de restaurar heridas, reconstruir ciudades, libertar los mares y reabrir las cancillerías, ruborizarán á la Humanidad.

Aquí vemos soldados—joh, estos soldados de Francia, harapientos, barbudos, desdenosos de la militar indumentaria, pero de tan esforzado espíritu, capaz de todos los marciales heroismos!—; conducen á un herido en una camilla á través de los escombros y bajo las explosiones de los proyectiles. Allí, una dama de la Cruz se inclina, en angelica visión de blancas vestiduras y compasiva actitud, sobre el lecho de un hombre entrapajado, mientras en torno de ambos se alzan los muros rotos de un templo convertido en hospital de sangre. En este otro grabado, una silueta enlutada y do-



"Cabeza de mujer", dibujo de Vázquez Díaz

lo:ida vaga por campos erizados de cruces y pobres trofeos militares, buscando un nombre... En aquél, dos soldados cavan una fosa; otro soldado, que fué sacerdote, oprime contra el pecho su breviario, y al lado de los tres, en el suelo, el cadáver duerme ya para siempre, con el espanto y el odio cuajado en las pupilas.

¿Y las madres? Las madres alcanzan en estas páginas de la guerra que Vázquez Díaz ofrece ahora á España como una súplica de amorosa piedad, el más elevado concepto de dolorosa

belleza. Madres campesinas, burguesas, aristocráticas. Madres que languidecen en el fondo de mansiones solitarias y opulentas; madres que van errantes por los caminos; madres que han tenido que buscar trabajo en las grandes urbes, vacías de hombres. Madres que alzan sus puños crispados ó se doblan con ese ademán de infinita resignación y profundo aniquilamiento que el drama bíblico impuso á veinte siglos de arte. Madres que van, orgullosas y graves, al lado del hijo, laureado y mutilado. Madres que estrujan entre sus manos sarmientas el *Boletín de los Ejércitos*, como en otro tiempo estrujaban amorosas la carta del que había de ser padre de este hijo cuya muerte le anuncia.

¡Madres de Francia, en fin, que es ella misma como una madre enlutada, con el corazón oprimido, con los ojos ya secos de tanto llorar y sintiendo, sin embargo, sus entrañas capaces de procrear más hijos para que puedan ser felices en el porvenir glorioso y próximo!

Daniel Vázquez Díaz habla ahora de Francia á España. Antes habló de España á Francia. Y siempre con un sentido elevado y grave, un poco trágico, calenturado su arte por el meridional fuego de su sangre andaluza.

Daniel Vázquez Díaz hace más de diez años que vive en París. Como Zuloaga y Anglada ayer, como Federico Beltrán hoy, Daniel Vázquez Díaz es un gran artista, á quien su patria desconoció y á quien tendrá que consagrarse después de los triunfos exóticos.

Los hombres más ilustres han posado para sus retratos esas «cabezas» al lápiz que tienen el aspecto enérgico de una escultura. La crítica francesa no le ha escamotreado los elogios. En los salones sus cuadros ocupaban sitios de honor. En las principales revistas colababa á altos precios.

No obstante, Madrid fingía desconocerle, y cuando vino á exponer sus cuadros, un poco frios, pero inflamados de vida, Madrid se encogió de hombros.

JOSÉ FRANCÉS



"El hijo"



"Hacia el destierro"

#### ESCENAS DE LA GUERRA

(Grabados originales de Daniel Vázquez Díaz)

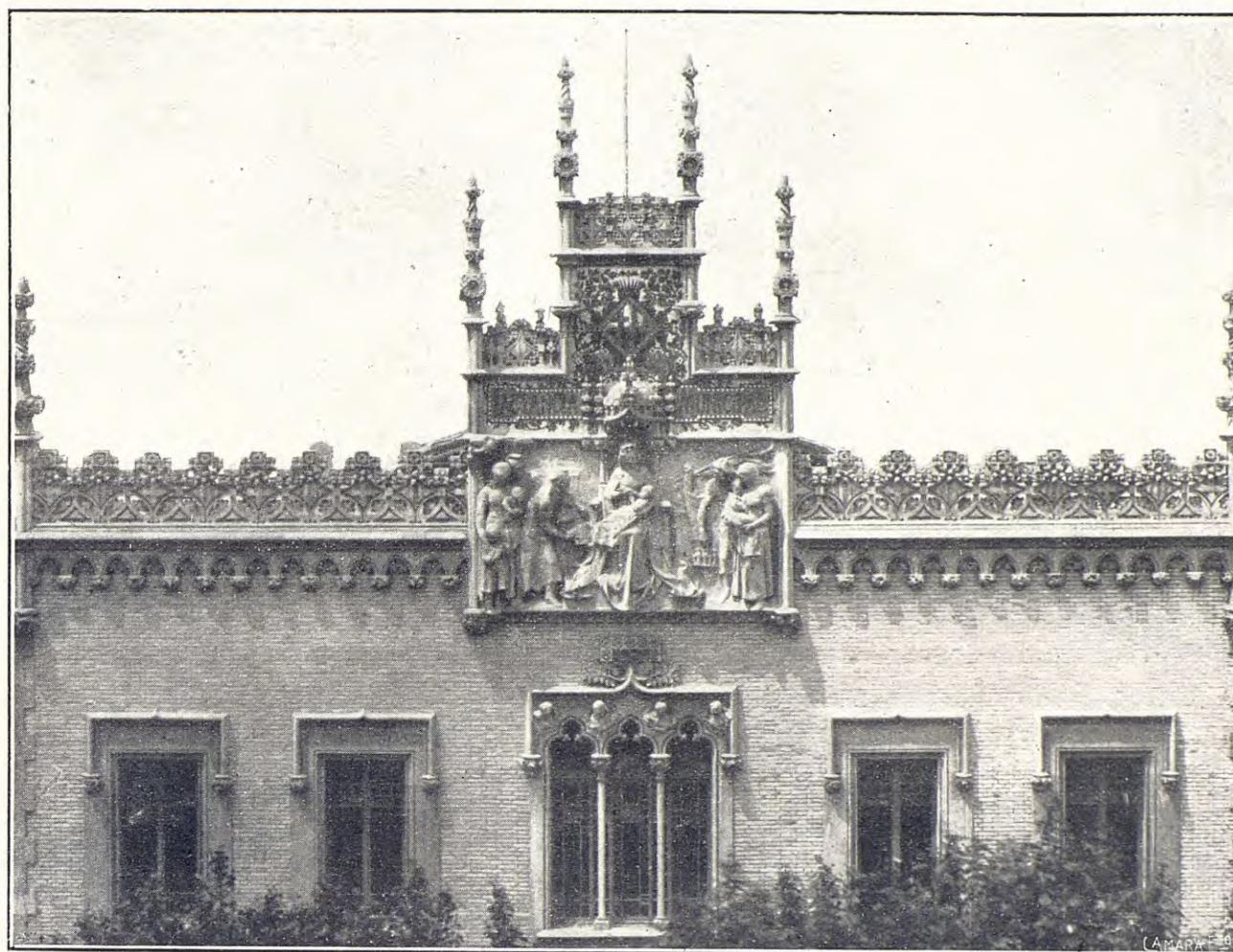
LA ESFERA

## PÁGINAS ARTÍSTICAS



DANZA ESPAÑOLA, aguafuerte original de Daniel Vázquez Díaz

## LA INFANCIA Y LA VEJEZ



(AMARAFOTO)

Detalle de la Casa Municipal de Lactancia, situada en la calle de las Cortes

POT. A. MÁS

Es Barcelona una capital que debe gran parte de su crecimiento á la inmigración. Es la región de menos natalidad de España, donde vamos á parar del 40,09 por 1.000 que corresponde á Extremadura al 27,47 que toca á Cataluña.

Hay en Cataluña 285.000 habitantes que no han nacido en el Principado, y fijándonos en Barcelona, veremos que los distritos obreros, donde viven las familias originarias de otras regiones, se distinguen por la mayor procreación, compensadora de la escasa natalidad de los distritos habitados por la gente de buena posición y mayor bienestar (1).

Por esta razón Barcelona sólo puede avanzar en su población reduciendo la mortalidad, lo cual se consigue á fuerza de higiene y defendiendo la infancia contra las asechanzas que la rodean.

La mortalidad infantil es terrible en nuestra Patria. Según el último censo, mueren antes de llegar á los cuatro años 40 niños por cada 100 nacidos. Está fuera de duda que el principal inmolatorio de la infancia se encuentra en las grandes ciudades, siendo las enfermedades de los niños uno de los mayores azotes que impiden el desarrollo normal de la población.

(1) En el Juzgado de La Lonja, el promedio de la natalidad es de 21,29, y en el de San Martín de Provensals, de 34,57 por 5.000. En el distrito cuarto fué de 18, y en el décimo de 29 por 1.000.

La lactancia es bastante atendida en Barcelona. Sabido es que la obra social, encaminada á proteger á la infancia, debe comenzar en el claustro materno, prosiguiendo eficazmente durante el período de amamantamiento.

La mujer, impulsada por una moda humanitaria, ha instaurado aquí un conjunto de instituciones protectoras del niño y de la mujer embarazada. Las canastillas para recién nacidos y los roperos están á la orden del día, de manera que no hay partera pobre á quien falte el tocado de su criatura. En esto pecamos ya tal vez de exceso por la falta de coordinación que caracteriza nuestra acción social, que se mueve dispersa, sin un centro regulador que encauce y regularice sus energías y sus medios. La Casa de Ma-

ternidad de Barcelona recoge no tan sólo los expósitos de esta provincia, sino de las provincias limítrofes, y al mismo tiempo provee al amparo de las mujeres abandonadas, de las que quieren ocultar su falta para salvar al niño, tantas veces amenazado de muerte por esa legión de curanderas y comadronas dispuestas siempre á facilitar el aborto con lamentable impunidad.

El Ayuntamiento de Barcelona aloja en un bello edificio la Casa Municipal de Lactancia, que suministra más de 140.000 litros semanales de leche y asiste á 3.000 niños enfermos. Cuenta, además, con el servicio Toco-ginecológico municipal y el Dispensario de mujeres embarazadas. Coadyuvan á la realización de tan piadoso cometido una serie de organismos fundados por la iniciativa privada.

Hay que sumar á esto algunas salas-cunas instaladas en las fábricas, mereciendo mencionarse la que el marqués de Alella sostiene á beneficio de sus obreras de las fábricas que posee, las «Hilaturas de Fabra y Coats» en San Martín y en San Andrés. Por otra parte, á expensas de los particulares, contamos con dos hospitales para niños: el del Niño Dios, que dirige el doctor Giró, y el hospital del doctor Vidal Solares, ilustre médico cubano que, al par del doctor Giró, prodiga generosamente sus cuidados á la infancia desvalida.

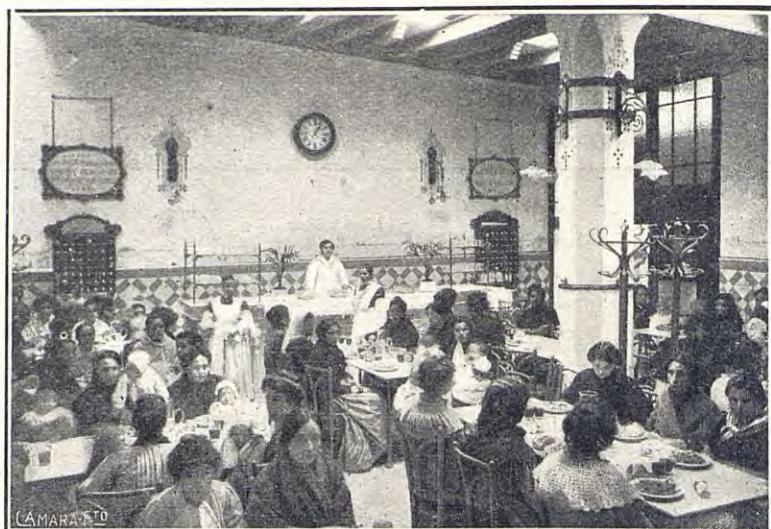


Vista general del Grupo Benéfico de la Junta de Protección á la Infancia

POT. BALLELL



La hora de la comida en el pabellón desmontable del parque infantil de la Junta de Protección á la Infancia



Comedor de maternidad para mujeres embarazadas, creado y sostenido por la Junta de Protección á la Infancia

Y por encima de todas estas instituciones resplandece la actuación bienhechora y constante de la Junta provincial de Protección á la Infancia de Barcelona, que es acreedora á todos los elogios y plácemes por su labor fecunda.

Esta Junta está influida por un sociólogo relevante, D. Ramón Albó, que es su secretario general, y por un técnico admirable, Luis Folch y Torres, quien ha sabido especializarse en la materia, poniendo en su acción todo su amor á la infancia, sin lo cual la labor sería fría y automática. En toda la obra de la Junta se descubre el alma generosa de este hombre que desprende de sí efluvios de atracción y espiritualidad.

Una de las preocupaciones de la Junta ha sido la de evitar la depauperación de las madres, que se infiltra en los pequeñuelos, y en vez de repartir leche esterilizada, que muchas veces no va á los niños, ha creado los Restoranes gratuitos de Maternidad, á los cuales pueden concurrir todas las madres obreras durante el periodo del embarazo y de la lactancia. Actualmente funcionan dos de estos Restoranes en los barrios obreros.

Tanto como la bondad del alimento que se reparte contribuye á la atracción de estos Restoranes su aspecto risueño y artístico, que aleja de la mente toda idea de beneficencia, dándole el carácter de un restaurante de pago.

En la infancia es cuando se maduran ya los gérmenes de la tuberculosis, por lo cual conviene en sumo grado llevar á término una obra preservativa si se quiere restar espacio al terrible azote. A este fin ha instituido la Junta una colonia de hijos de tuberculosos en el pueblo de Fontrubí, donde los niños viven en masías inspeccionadas por la Junta, recibiendo una pequeña pensión por la hospitalidad que dispensan á los pequeñuelos, que viven así en pleno campo y en contacto con la Naturaleza.

Los niños, cuando llega la edad del aprendizaje, prefieren casi siempre continuar en el campo; de esta manera no sólo se logra la regeneración física, sino que se ayuda al retorno á la tierra, que predicaba Meline ante la fuerza tentacular de las ciudades modernas que despuélan la campiña.

El niño, en Barcelona especialmente, por ser ciudad muy accesible y saturada de elementos maleantes, está expuesto al contagio de la mendicidad y de la delincuencia. Muchos son los niños y adolescentes que vienen á nuestra ciudad con sus familias ó so-

los huyendo de lejanos lugares ó víctimas del abandono. En los vapores, en los trenes ó á pie, hurtando la vigilancia de quienes pudieran detenerlos ó gozando de una tolerancia tácita, aquí acuden atraídos por la fama de nuestra ciudad, que ofrece una fácil existencia. El hambre puede decirse que no existe en Barcelona: el rancho de los cuarteles, la sopa benéfica que de tiempo inmemorial, en algunas fondas y asilos, se brinda á los necesitados y la posibilidad de ganarse la vida en oficios callejeros, que predisponen en seguida á las malas artes del *descuidado*, constituyen un estímulo para la inmigración de gente de otras provincias que sufren privaciones. La recogida de colillas, por ejemplo, rinde seis reales diarios; el reclamo de los niños para la limosna es fructuoso en demasía, y la ocasión de aprovechar ó hurtar los desperdicios de la carga de los muebles proporciona ganancias ilícitas que cuentan con una organización vasta y tolerada. Las casas de dormir y los restaurantes baratos alientan asimismo al vagabundeo y á la vida callejera,

favorecidos por un clima que consiente la vida al aire libre.

La Junta de Protección á la Infancia ha comenzado su obra tutelar bajo este aspecto, facilitando al obrero el modo de que sus hijos no queden abandonados en la calle y vayan á la escuela, mientras él permanece en la fábrica, salvándolos así del contagio de ese mundo callejero tan pernicioso para la infancia. De aquí la creación de los Parques infantiles. Estos parques, instalados al aire libre, se componen de una zona de jardín y otra de huertecitos que cuidan los mismos niños, existiendo un pabellón que se utiliza solamente en días lluviosos y en las tardes de invierno. Los padres, antes de ir á la fábrica, dejan allí á sus hijos, que son acompañados á la escuela y recogidos luego por los ayos del Parque, permaneciendo en él durante las horas extra-escolares, facilitándoseles una sana y abundante comida al mediodía y una buena merienda.

Para completar la obra redentora de esos *hijos de la trinxera*, como pintorescamente les nombra Folch y Torres, es necesario buscar y recoger los niños abandonados en la calle, los explotados por la mendicidad, las víctimas de malos tratos en su casa ó sometidos al influjo de un ambiente inmoral y corruptor. Los dramas y miserias de que es testigo la Junta no son para contados. Baste saber que custodia 11.678 expedientes relativos á casos en que ha intervenido.

Comienza la Junta su labor en este sentido, haciendo por medio de sus agentes y de la Policía urbana, la recogida, en la calle, de los niños abandonados. En seis años han desfilado por sus oficinas 3.077 niños, á los que ha prestado su amparo. Cuenta para ello con dos albergues provisionales en un grupo benéfico en el que se prestan también otros servicios, uno para niños y otro para niñas, en los cuales éstos se alojan durante el periodo de observación, que permite estudiarlos y conocerlos antes de clasificarlos y distribuirlos entre los diversos establecimientos, fundados por la Junta unos, y otros con los cuales contrata la pensión y el tratamiento adecuado.

Entre las instituciones de que dispone la Junta para su obra de rehabilitación social destacan la Colonia Agrícola de Plegamans y la Casa de Familia de Barcelona; aquélla para los adolescentes que por sus condiciones y su aptitud son llamados preferentemente á la vida rural, y ésta para aquellos que se han formado en la ciudad y sienten incli-



Niños en el parque infantil de la Junta de Protección á la Infancia POTS. BALLELL

nación por la vida del taller. Es la Colonia Agrícola de Plegamans una verdadera granja agrícola donde aprenden á cultivar la tierra por medio de un trabajo mesurado que les capacita para ser buenos obreros agrícolas.

En la Casa de Familia los que saliendo del albergue son aptos para aprendices, encuentran el ambiente de un hogar animado por el espíritu generoso de un hombre. Es éste mosén Pedragosa, que es el padre de todos ellos, que les domina por el cariño y por la bondad, que comparte sus recreos y sus tribulaciones, que les procura trabajo y les induce al ahorro sometiéndoles á un régimen de tolerancia, que va poco á poco minando sus defectos y malas inclinaciones. No veda la salida por la noche y nadie se mueve de la Casa de Familia al volver del trabajo, convertida en una especie de casino donde los muchachos pasan agradablemente la velada. Los días festivos son destinados al *sport*, resultando los chicos de mosén Pedragosa los ganadores de las regatas en nuestros puertos y los vencedores en las carreras á pie y en bicicleta. Todos ellos, plétoricos de energías, encuentran así la manera de encauzarlas en un sentido sano y fortalecedor. A veces, gracias á las traducciones de los médicos hermanos Corminas, esos muchachos extraídos del arroyo salen á la escena para representar obras del teatro griego, y todos los domingos por la mañana, con el concurso de una agrupación de señoritas, cantan la misa gregoriana en la iglesia de San Justo.

Mosén Pedragosa, que es un psicólogo, conoce á todos y á cada uno de sus *boys*, como familiarmente les llama, y les consiente que arregle cada cual su habitación, á su gusto y manera, lo cual le deja adivinar el carácter y las aficiones que en su intimidad abrigan. Cada cuarto resulta el reflejo del individuo por los adornos, por los muebles, por el orden y disposición de las cosas.

El padre Francisco de Asís Méndez, en el Asilo de Porta-Coeli, fundado recientemente en el barrio madrileño de la Guindalera, realiza algo parecido á lo de mosén Pedragosa, por medio de una residencia de carácter voluntario, armonizado con el aprendizaje de un oficio.

Cuando la Junta de Barcelona observa en el *trinxerai* recluido en el albergue, en el período de observación, alguna anormalidad ó perversión que impongan un tratamiento especial, entonces es llevado al reformatorio para intentar su enmienda ó su curación.

El esbozo que hemos hecho rápidamente de la organización de Barcelona deja ver en seguida que su labor está presidida por un criterio

científico, que su manera de actuar es racional y ordenada, siendo en verdad sensible que su mano reguladora no sea la llamada á coordinar y poner en relación los elementos dispersos individuales para obtener el máximo rendimiento de ese conjunto de esfuerzos que se mueven desordenados y sin la debida convergencia para lograr un resultado positivo y completo de los medios puestos en práctica.

Los particulares no ayudan, como es de desear, con sus recursos á la Junta, quizá porque no hay idea de lo mucho y bueno que hace, por más que la protección á la infancia abandonada ha merecido últimamente un cuantioso legado del fabricante Luis Ribas, estando construyéndose ya el «Refugio de Trinxeraires» á que ha sido destinado.

Hablemos algo ahora de la vejez, que había sido hasta ahora muy desatendida, dando motivo á que un dramaturgo, Ignacio Iglesias, formulase una acusación contra la sociedad, que no se preocupaba poco ni mucho de los ancianos caídos al pie de la máquina, vencidos por los años, en su penetrante obra *Els Vells*.

En 1902, cuando sufrimos la primera huelga general, al restañar la sangre y los daños que se produjeron por su causa, no siendo uno de los menores la distanciación de clases, se intentó con buen resultado crear una institución de carácter social. Una suma recogida por suscripción sirvió de base á la Caja de Pensiones, que comenzó á funcionar en 1904, teniendo á su frente un hombre que á sus conocimientos de economista é ingeniero industrial suma su cora-

zón de filántropo: D. Luis Ferrer-Vidal y Soler, quien ha tenido la fortuna de encontrar al técnico, que es á la vez un ferviente enamorado del seguro social. D. Francisco Moragas y Barret, que es nuestro hombre, es un apóstol que hace los milagros apoyado en la norma científica, siendo admirable lo que ha hecho.

La Caja de Pensiones para la Vejez, organizada de manera que pueda todo el mundo imponer la cantidad que quiera, sin someterse á plazos, responde perfectamente á nuestro carácter individualista, amante de la libertad de movimiento y amigo de la previsión voluntaria.

La Caja de Pensiones, que se anticipó algunos años al Instituto Nacional de Previsión, cuya representación oficial ostenta hoy en Cataluña y las Baleares, tiene una historia brillante. Cuenta ya en Cataluña y las Baleares con diez y siete sucursales, todas en próspera marcha, que estimulan doquiera el ahorro y la previsión, habiendo conseguido hacerse popular y simpática entre el pueblo, que tiene en ella puesta su confianza.

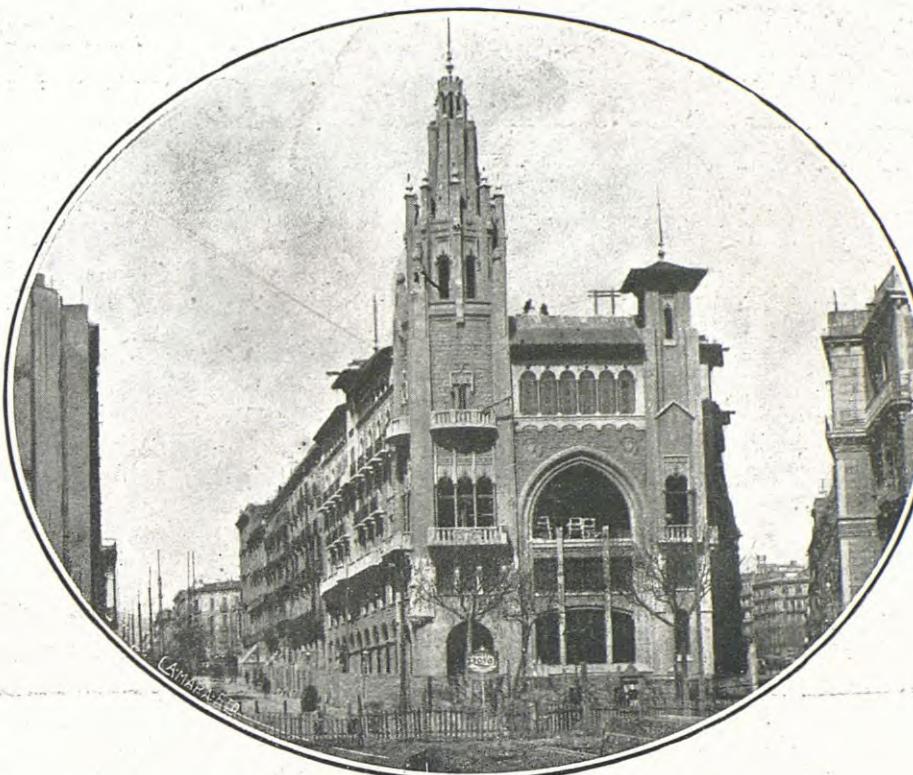
En 1905 el número de libretas vigentes era el de 578, y el importe de sus cuentas de operaciones 150.308 pesetas; al cabo de doce años, en 31 de Enero de 1916, el número de sus libretas alcanza la cifra de 90.139, y el importe de sus cuentas de operaciones suma 30.870.542 pesetas. Pocas instituciones sociales existen en el mundo que hayan tenido un crecimiento tan rápido. La Caja de Pensiones está terminando el «Palacio del Ahorro», monumental edificio que albergará en breve sus oficinas, que será ornato y orgullo de Barcelona, ya que al par de edificio bello se mostrará como encarnación de un espíritu humanitario.

Entre los que se preocuparon de los inválidos del trabajo no podemos olvidar al fabricante D. José Sert, quien legó para los de su fábrica el señoríal edificio y parque del llamado «Desierto de Sarriá», donde gozan de una vida plácida en los últimos años de su vida.

Algunos Montepíos y Sociedades han querido proveer á este anhelo tan simpático á todos de una manera empírica, sin reconocer que tan hondo problema no se resuelve sino dentro de la ciencia del seguro, que reclama una amplia base y una regulación técnica y matemática, sin la cual todo son falsos tanteos y seguros fracasos.

La Caja de Pensiones para la Vejez, que encuentra una cooperación decidida en el elemento patronal, ha sentado firmemente las bases para asegurar al obrero una renta cuando sea inútil para el trabajo.

FEDERICO RAHOLA



El gran edificio en construcción para la Caja de Pensiones para la Vejez



El padre Pedragosa, fundador de "La Casa de Familia", entregando los productos del ahorro á los acogidos á aquella admirable Institución



Los acogidos en "La Casa de Familia" que pertenecen á la sección de deportes y cultura física, celebrando una Junta

# PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

## *Mirándose al espejo*

CÓMO madruga el sol estas mañanitas de Mayo! Junto á mi balcón,

dos atrevidos gorriones están armando un escandaloso concierto.

Hace un día espléndido y suave, que vuelve la sangre á las venas y la alegría á los ojos. ¡Con cuánta delicia acabo de lavarme con el soberbio JABON «FLORES DEL CAMPO», que evita las irritaciones de la piel, propias del buen tiempo, y comunica á ésta ese aterciopelado incomparable, esa purísima seda, que hace volver el rostro á los hombres para piropearme y á las mujeres para sentir envidia! ¡Tontas; vosotras podéis competir conmigo! La PERFUMERÍA FLORALIA y sus creaciones formidables son asequibles á todas. A no ser que prefiráis dejar de ser bonitas, en cuyo caso...



Me he lavado, digo; he matizado mis mejillas con esos invisibles y sutiles, con esos impalpables POLVOS DE ARROZ «FLORES DEL CAMPO», que comunican la sensación única de frescura y buen tono.

Después—¡qué entusiasmo!—me he puesto por primera vez mi más vaporoso vestido de gasa, mi pamela gracia, mis botines claros, airosa y gentil como una libélula. Mi pañuelo tiene unas gotas de EXTRACTO delicioso, también de FLORALIA, que es mi sello y mi divisa.

¡No os riáis de mí! Pero, al mirarme en el espejo, me encuentro seductora y bella como nunca, y esta tarde, cobijada en mi sombrilla, llamaré la atención en las carreras ó en mi grada de la Plaza de Toros.

Por eso, como soy agradecida, sobre la tentadora fila de frascos largo un beso de amor, para que se lo repartan entre todas las creaciones «FLORES DEL CAMPO»; entre el OXENTHOL, al que debo la blancura estupenda de mis dientes, y el SUDORAL... En una palabra: entre toda la familia exquisita que supo crear FLORALIA para provecho nuestro.

DIBUJO DE PENAGOS